

Salidas del laberinto capitalista Decrecimiento y Postextractivismo

BORRADOR NO PARA CITAR

Alberto Acosta¹, Ulrich Brand²

Versión 25.10.2016

Marx había dicho que las revoluciones son la locomotora de la historia mundial.

Pero tal vez las cosas se presenten de manera completamente diferente.

*Es posible que las revoluciones sean, para la Humanidad que viaja en ese tren,
el acto de accionar los frenos de emergencia.*

(Walter Benjamin)

¹ Alberto Acosta, economista ecuatoriano; profesor e investigador de la FLACSO-Ecuador; exministro de Energía y Minas; expresidente de la Asamblea Constituyente 2007. Autor de numerosas publicaciones.

² Ulrich Brand, profesor titular e investigador en política internacional de la Universidad de Viena. Trabaja sobre teoría crítica, teoría del Estado y teoría de regulación, economía política global, políticas medioambientales y de recursos, y crítica a la globalización neoliberal. Miembro del comité de expertos del Parlamento alemán sobre “Crecimiento, Bienestar y Calidad de Vida” (enero 2011 a junio 2013), de la sede central de la Fundación Rosa Luxemburg, y del Consejo Asesor Científico de ATTAC, en Alemania.

Índice

1. *Un viejo debate en ciernes*
2. **Contextos históricos comunes y divergentes**
 - 2.1. América Latina: el neoextractivismo como expresión de una modalidad de acumulación primario-exportadora
 - 2.1.1. Las principales patologías del extractivismo
 - 2.1.2. Del extractivismo colonial al neoextractivismo contemporáneo
 - 2.1.3. ¿Renacimiento tecnológico del extractivismo?
 - 2.2. Europa: crisis y política de austeridad, persistencia del “modo de vida imperial”
 - 2.2.1. Crisis múltiple y “desvalorización interna”
 - 2.2.2. Estabilización mediante el “modo de vida imperial”
 - 2.2.3. El desperdicio entre el negocio y la crisis planetaria
 - 2.3. Alcances de la Cumbre de Cambio Climático, COP 21
3. **Elementos centrales de la perspectiva del decrecimiento**
 - 3.1. *Consideraciones acerca de la economía ecológica y de la ecología política*
 - 3.2. *El decrecimiento como opción, movimiento y horizonte político en construcción*
 - 3.3. *Crítica de las formas predominantes de estabilización dinámica y de formas de manejo de crisis*
 - 3.4. *Ambivalencias del concepto del decrecimiento*
 - 3.5. *Decrecimiento, ¿una perspectiva para el Sur global?*
4. **Postextractivismo como concepto nuevo y condición para un Buen Vivir**
 - 4.1. *Buen Vivir y postextractivismo*
 - 4.2. *Elementos centrales del postextractivismo*
5. **Postextractivismo y decrecimiento: hacia una aproximación compartida**
 - 5.1. *Decrecimiento y postextractivismo: puntos de encuentro*
 - 5.2. *Diálogos y experiencias transnacionales*
6. **¿Cómo salir del laberinto? Perspectivas y preguntas abiertas**

Bibliografía

2. Contextos históricos comunes y divergentes

Decrecimiento y postextractivismo son perspectivas para transformar la sociedad y sus relaciones sociales con la Naturaleza. Se trata de visibilizar críticas, resistencias y alternativas; ponerlas en un contexto amplio; condensarlas (no homogeneizarlas); y, según se necesite, ofrecer orientación para reflexionar, especificar y expandir nuevas ideas que surgirán de estas discusiones. De hecho, desde este ejercicio se formará y consolidará concertadamente la contra-hegemonía.

Para actuar, es indispensable tener una visión de las actuales situaciones sociales que se pretende transformar. Eso no significa que los análisis coyunturales deban ser en extremo detallados. Recordemos que muchas resistencias y alternativas no tienen una idea integral de los contextos que atacan o critican y, pese a ello, tienen impacto. Con todo, una comprensión integral será útil, en especial cuando los actores sean bloqueados u obstaculizados en sus intentos de acción contra-hegemónica.

En un texto tan corto, es difícil explicar detalladamente las tendencias actuales. Por eso, aquí solo se presentan esbozos provisionarios, para fines de discusión. Para América Latina, el auge del pasado reciente y la crisis actual de las constelaciones “(neo-)extractivistas” plantea remozados retos. Y, para Europa, si las respuestas a las crisis –diversas en espacio y tiempo– se mantienen o si surgen respuestas alternativas más o menos estables, pueden desembocar en nuevos paradigmas interpretativos y escenarios políticos, más aún en un ambiente en donde “el terrorismo” y “los estados de sitio” plantean situaciones cada vez más complejas.³ Al respecto, el cambio de Gobierno en Grecia (fines de enero de 2015) y el referendo en julio del mismo año, impulsaron un enorme debate sobre la política de crisis europea que se intensificó a partir de junio de 2016, con el voto a favor del Brexit, en Gran Bretaña. Pero, a la postre, al menos hasta ahora, el ajuste neoliberal sigue imponiéndose.

Asimismo, “la determinación de una nueva formación de sociedad no depende tanto de la evolución ‘objetiva’ de la situación real sino de los diferentes enfoques teóricos, sus criterios más importantes y de los instrumentos del análisis” (Candeias, 2004, p. 10)... lo que no debe hacernos perder de vista que la clave está en las movilizaciones sociales. Sin duda, todos estos son temas interesantísimos para el diagnóstico de la actualidad. No obstante, van más allá de los objetivos del presente trabajo.

³ Podríamos calificar como capitalismo verde. Véase Wallis (2010); Koch (2012); Tanuro (2013); Brand & Wissen (2015).

Queremos enfatizar un aspecto que nos parece clave para entender, después, las similitudes de los contextos, así como de las alternativas. La dinámica capitalista transforma más y más aspectos de la sociedad en mercancías comerciables, para así constituir poder y dominación (Dörre, 2015, Luxemburg 1913/1951). Aparte de la Naturaleza, esta dinámica afecta –lo sabemos desde hace mucho tiempo atrás– también a las personas, obligadas a vender su fuerza laboral, ya sea en empresas capitalistas privadas o en empresas públicas. En China y en la India, el fenómeno se celebra como el milagro económico, sin cuestionar el contenido social y el enorme peso que las personas sienten como un “poder ajeno, situado al margen de ellas”. Sin embargo, también este aspecto, la cosificación de la fuerza laboral y de la Naturaleza, no es abordado de manera sistemática al interior del debate del decrecimiento. Klaus Dörre (2015) señala que a menos que se libere de su sello capitalista, aún una economía de estado estacionario (*steady-state economy*) puede mantener las tendencias de fomentar los procesos de cosificación y mercantilización.

Relacionado con esta cuestión, el sistema económico y social capitalista está ciego frente a las condiciones y consecuencias de la dinámica económica. Aquí es conveniente mencionar el debate feminista (Picchio, 2015), que plantea que la economía capitalista ahonda la separación de los procesos de mercado formales de muchos elementos que los hacen posibles sin ser mercancías, como el trabajo no remunerado, sobre todo el trabajo de cuidado.

Así, la externalización es un “principio” (Biesecker/von Winterfeld, 2010), que contribuye decisivamente en el funcionamiento del capitalismo. De hecho, la estructura capitalista de la externalización, se entiende como la:

(...) desvalorización de lo separado (trabajo social no remunerado realizado por mujeres y prestaciones ecológicas de la Naturaleza) es la condición previa para su usurpación barata e incluso gratuita. Por lo tanto, la globalización del capitalismo implica también la globalización de este principio. Se expresa en nuevos procesos de usurpación actuales relacionados con nuevos límites. (Ibíd., p.1)

En este caso, a modo de ejemplo, se puede mencionar lo que acontece cada vez con mayor frecuencia en el mundo empresarial, a escala nacional e internacional, con la subcontratación, la externalización o la tercerización, conocida también como *outsourcing*, por su traducción en inglés. Un proceso en el que una empresa contrata a otras empresas para

que se hagan cargo de parte de su actividad o producción, con el propósito, normalmente, de abaratar los costos por el lado del trabajo.

Asimismo, el crecimiento económico está muy vinculado con un concepto occidental, racionalista, masculino que, en primer lugar y como parte de las constelaciones de dominación patriarcales, se orienta hacia la dominación de la Naturaleza (von Winterfeld, 2006).⁴

2.1. América Latina: el neoextractivismo como expresión de una modalidad de acumulación primario-exportadora

Primero, cabe señalar que en Latinoamérica cambió la constelación económica que determinó una bonanza pocas veces registrada con anterioridad: lo que Maristella Svampa (2015) definió como el *Consenso de los Commodities*. La crisis socioeconómica existente en el tornasiglo, para los países de esta región, concluyó con el incremento sostenido de los precios de las materias primas, particularmente por la vinculación de China con la economía mundial (Moreno, 2015). Así, en estos años, hasta el 2014, no se volvió a hablar de crisis en esta región, contrario a lo que sucede en Europa desde hace tiempo atrás, en donde hay una conciencia y un discurso de crisis generalizado.⁵

Los motivos son evidentes: en los últimos 10 a 15 años –hasta el 2014–, hubo cambios dramáticos en los mercados mundiales. En muchos países latinoamericanos, el fuerte incremento de la demanda por recursos naturales y la consiguiente alza de los precios de recursos fósiles, minerales y agrícolas (en algunos casos, incluso, con situaciones de escasez real o esperada), aumentaron notablemente los ingresos por exportaciones e inversiones foráneas, lo que proporcionó un margen de acción política más amplio.

Estos mayores ingresos beneficiaron a gobiernos, empresas públicas y empresas privadas en toda la región. En algunos países, donde las luchas anti-neoliberales de la población llevaron a elegir gobiernos “progresistas”, se aprovechó el margen ampliado de acción para mejorar la distribución de los ingresos y reducir la pobreza; situación registrada también con los gobiernos conservadores. La legitimidad de todos los gobiernos

⁴ Una perspectiva feminista (desde el norte) a la economía política puede consultarse en la obra de Gibson-Graham (2006).

⁵ Cuán inestable es el esquema extractivista y cuán rápidamente vuelven los discursos y las experiencias de crisis, se ha podido constatar con el desplome de los precios del crudo en el año 2014, especialmente en Venezuela.

latinoamericanos, más aún de los “progresistas”, estuvo estrechamente relacionada con las políticas redistributivas que ampliaron el consumo de muchos segmentos de la población. Por otro lado, la enorme disponibilidad de ingresos financieros –exportaciones y paulatinamente créditos baratos–, contribuyó a una prolongada estabilidad económica, social y también política, facilitada por el abandono de las socialmente duras políticas neo-liberales de estabilización y de “ajuste estructural” de los años ochenta y noventa.

Como resultado del mencionado incremento de los ingresos de exportación, gracias al aumento de los precios de los productos primarios, hubo enormes incentivos para ampliar el extractivismo en América Latina. Los elevados precios de las materias primas desataron masivas inversiones, sobre todo de empresas transnacionales, en las diversas actividades extractivistas, en especial mineras y petroleras.

Es cierto que estructuralmente los márgenes de acción de los gobiernos “progresistas” estaban constreñidos. Recuérdese, como pesado punto de partida, la dependencia de las exportaciones al mercado mundial capitalista, la limitada industrialización o la debilidad de la agricultura para alimentar a sus respectivas poblaciones; es decir, la vigencia de una modalidad de acumulación primario-exportadora de origen colonial, con restringida orientación para satisfacer las demandas domésticas, tanto para el consumo, como de insumos y bienes de capital. Sin embargo, muchas personas conocedoras coinciden en que el margen de acción de una política económica y social progresista independiente y autónoma, orientada a enfrentar el extractivismo, es más amplia de lo que se piensa y podría haberse aprovechado más. En suma, en los años de la bonanza hasta el 2014, en realidad, vía exacerbado extractivismo, se profundizó la dependencia exterior, incluyendo hacia la China. Pero vamos por partes.

Para entender esta peculiaridad, brindemos una definición comprensible: el extractivismo, en general y a lo largo de la historia, se refiere a actividades que remueven, por lo general de forma intensiva, grandes volúmenes de recursos naturales y cultivan de manera agroindustrial con muchos insumos, sobre todo para exportar según la demanda de los países centrales, sin mayor procesamiento (o de manera limitada). Normalmente, requieren grandes montos de inversión y provocan efectos macroeconómicos relevantes, así como graves impactos sociales, ambientales y culturales en los territorios afectados (Gudynas, 2011).⁶ El extractivismo no se limita a minerales o petróleo. Hay también extractivismo agrario, forestal,

⁶ Por cierto, hay quienes sostienen, con buenos argumentos, que el extractivismo se articula con el *high-tech* en diversos ámbitos, como el agrario, por ejemplo. La megaminería es el sector más capital y tecnología-intensivo.

pesquero, inclusive turístico (Machado, 2015).⁷ Así, en línea con Eduardo Gudynas (2016a) – quien propone esta definición –, es mejor hablar de extractivismos.

El concepto “extractivismo”, junto con conceptos como “acumulación originaria” (Carlos Marx), permiten explicar el saqueo, acumulación, concentración, devastación colonial y neocolonial, así como el origen del capitalismo moderno. Por su parte, el “extractivismo” junto con conceptos como “acaparamiento de tierras” (*landnahme*, en el sentido de Rosa Luxemburg),⁸ “acumulación por desposesión” (David Harvey) o “extrahección” (Eduardo Gudynas), ayudan a entender la evolución actual del capitalismo moderno e, incluso, el “desarrollo” y “subdesarrollo” –como dos caras del mismo proceso de expansión del sistema capitalista mundial.

Si bien el extractivismo comenzó hace más de 500 años, ni este ni la conquista y colonización (atados al extractivismo) concluyeron al finalizar la dominación europea en América Latina. Estos procesos siguen presentes en toda la región, sea en países con gobiernos neoliberales o “progresistas”;⁹ basta observar cómo con estos últimos gobiernos se expanden aceleradamente los extractivismos en la actualidad.

Con la conquista y colonización de América, África y Asia, empezó a estructurarse la economía-mundo: el sistema capitalista fue consolidando, como uno de sus elementos fundacionales, la modalidad de acumulación primario-exportadora, determinada, desde entonces, por las demandas de los nacientes centros capitalistas. Unas regiones –a partir de las ventajas comparativas estáticas–, se especializaron en extraer y producir principalmente materias primas, mientras que otras –sobre la base de costos comparativos dinámicos y economías de escala crecientes– pasaron a producir manufacturas y concentraron, desde entonces, el capital, el poder, así como el conocimiento científico y tecnológico (incluso usando los recursos naturales de los países empobrecidos por esta misma forma de relacionamiento en el mercado mundial). En resumen, los países “desarrollados”, en su mayoría, son importadores netos de Naturaleza y los “subdesarrollados” son exportadores netos de Naturaleza (Vallejo, Martínez Alier & Samaniego, 2015; Schaffartzik et al., 2014). Como saldo, en estos últimos, persiste la vigencia inamovible de modalidades de acumulación primario-exportadoras y del extractivismo, como su principal manifestación.

⁷ Sobre el papel de América Latina en los flujos globales de recursos, véase Schaffartzik et al., 2014.

⁸ Dörre (2015); Mahnkopf (2013); Biesecker & von Winterfeld (2010); Salleh (2013), con vistas a las formas dominantes de manejo de crisis ecológicas.

⁹ No se puede confundir izquierda con progresismo. Vale la pena recomendar la posición al respecto de Eduardo Gudynas en “Izquierda y progresismo: la gran divergencia” (diciembre del 2013b). Disponible en <http://www.alainet.org/es/active/70074>

Más allá del actual discurso emancipador articulado desde los gobiernos “progresistas” de América Latina, la región sigue siendo estratégica para el capitalismo global, al cumplir el papel histórico asignado hace siglos, por la asimétrica división internacional del trabajo, que desembocó en el “desarrollo del subdesarrollo”, para usar el célebre eslogan de la llamada teoría de la dependencia (Frank, 1966). Basta ver cómo se ha incrementado su potencial como proveedora de recursos enviados hacia países centrales y a las economías “emergentes”, como China e India. Esto ha incidido también en las infraestructuras, donde hay importantes inversiones que particularmente buscan reducir costos y tiempos de extracción o transporte de materias primas para, con eso, acelerar la circulación del capital. Un ejemplo son las grandes represas hidroeléctricas, cuya energía está destinada, en su mayoría, a atender la demanda de proyectos extractivistas, sobre todo mineros y petroleros, o los mismos proyectos enmarcados en la Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Regional Suramericana (IIRSA), que buscan integrar subordinadamente a América Latina con el mercado mundial (Ceceña, Aguilar & Motto, 2007).

2.1.1. Las principales patologías del extractivismo

Para plantear respuestas postextractivistas, hay que identificar los problemas por resolver y las capacidades disponibles para enfrentarlos. Conozcamos, pues, las patologías propias de las economías, donde gobernantes y élites dominantes apuestan por el extractivismo; aspectos que se enriquecen con la lectura de “los derrames” propios de los extractivismos, como los analiza Eduardo Gudynas (2016a).

Aquí se mencionan, como puntos críticos y asumiendo en particular las reflexiones de Jürgen Schuldt (2005),¹⁰ varias patologías generadas por este esquema de acumulación, retroalimentado por círculos viciosos cada vez más perniciosos:

- Es normal que estas economías experimenten varias “enfermedades”, particularmente la “enfermedad holandesa”.¹¹ El ingreso abrupto y masivo de divisas sobrevalúa el tipo de cambio, lo que resta competitividad y perjudica al sector manufacturero y agropecuario exportador. Como el tipo de cambio real se aprecia, los factores de producción migran de

¹⁰ Sobre esta cuestión ha trabajado Alberto Acosta, uno de los autores de este ensayo, también junto con el propio Schuldt.

¹¹ Hay otros ingresos que pueden provocar efectos similares; por ejemplo, remesas, inversión extranjera, ayuda al desarrollo, ingreso masivo de capitales privados, entre otros (Schuldt, 1994).

los sectores transables perjudicados (agropecuario e industrial) a los segmentos no transables (construcción, comercio importador, servicios), y a aquellos donde influye la actividad primario-exportadora en auge. Esto distorsiona la economía al recortar los fondos de inversión que pudieran ir precisamente a los sectores que generan mayor valor agregado, más empleo, una mejor incorporación del avance tecnológico y encadenamientos productivos. Incluso, el ajuste posterior al *boom*, necesario para enfrentar la crisis, es visto como parte de dicha “enfermedad”.

- La especialización en las exportaciones primarias –a largo plazo– ha resultado muchas veces negativa, por el deterioro tendencial de los términos de intercambio (Prebisch, 1950). Este proceso favorece a los bienes industriales importados y perjudica a los bienes primarios exportados. Las materias primas poseen una baja elasticidad-ingreso, son sustituibles por sintéticos, tienen un bajo aporte tecnológico y escasísimo desarrollo innovador; inclusive el contenido de materias primas de los productos manufacturados es cada vez menor. Por todo eso, sus precios se fijan, sobre todo, por la lógica de la competencia en el mercado (son *commodities*). Esto impide a los países especializados en exportar mercancías altamente homogéneas (es decir, materias primas), participar plenamente en las ganancias del crecimiento económico y en el progreso técnico mundial.
- La elevada tasa de ganancia sostenida por rentas diferenciales o ricardianas (derivadas de la riqueza de la Naturaleza, más que del esfuerzo humano), que contienen los bienes primarios, motiva su sobreproducción, incluso cuando caen los precios de las materias primas. Además, tales rentas –más aún cuando no se cobran las regalías o impuestos correspondientes– crean sobreganancias que distorsionan la asignación de recursos en el país. Por eso, la importancia de “nacionalizar los recursos naturales” (p.e. petróleo), para al menos mejorar la distribución de las ganancias extraordinarias y las rentas obtenidas por las empresas.
- La volatilidad, propia de los precios de las materias primas en el mercado mundial, ha ocasionado que las economías primario-exportadoras sufran problemas recurrentes en su balanza de pagos y en sus cuentas fiscales. Esto ha generado una gran dependencia financiera externa y ha sometido a las actividades económica y sociopolítica nacionales a erráticas fluctuaciones. Todo esto se agrava al caer los precios en los mercados internacionales, lo que consolida la crisis de la balanza de pagos y la crisis fiscal. La

situación se profundiza, muchas veces, por la fuga masiva de los capitales que aterrizaron para lucrar de los años de bonanza, acompañados por los –también huidizos– capitales locales. Con ello, se agudiza la restricción externa y la presión de recurrir al endeudamiento, que está presente ya desde la época de la bonanza (ver Acosta, 1994 y 2001, por ejemplo).

- Curiosamente, en años recientes no registramos esta fuga de capitales desde los países subdesarrollados en crisis, en la medida que los centros del capitalismo metropolitano tradicional también atraviesan situaciones muy críticas. Sus bancos, sacudidos por la crisis, no son tan confiables como antes, a pesar de los enormes salvatajes que se diseñaron a raíz de la crisis de 2008. De todas maneras, hemos visto que no todos los capitales fugan hacia dichos centros metropolitanos, pues hay otras opciones en donde se los puede refugiar: el caso de los papeles de Panamá es paradigmático; opciones que, no cabe duda alguna, funcionan en estrecha vinculación con la lógica de acumulación del capitalismo transnacionalizado.
- El auge de la exportación primaria también atrae a la siempre bien alerta banca internacional, que en la bonanza desembolsa préstamos a manos llenas, como si se tratara de un proceso sostenible; financiamiento que, además, es recibido con los brazos abiertos por gobernantes y empresarios creyentes de milagros permanentes. Así se acicatea aún más la sobreproducción de recursos primarios (vía facilidades petroleras, por ejemplo), lo que aumenta las distorsiones sectoriales. Pero a la postre, como muestra la experiencia histórica, se hipoteca el futuro de la economía, al llegar el inevitable momento de servir la sobredimensionada deuda externa contraída durante la euforia exportadora (en cantidades mayores y en condiciones muy onerosas, sobre todo en las crisis); servicio que se recrudece, precisamente, al caer los precios de exportación e incrementarse las tasas de interés en las economías metropolitanas.¹²
- La dependencia de los mercados foráneos, aunque paradójico, es aún más marcada en épocas de crisis. Hay una suerte de bloqueo generalizado, empezando por los gobernantes de estos países. Así las cosas, todas o casi todas las economías atadas a exportar recursos primarios caen en la trampa de forzar las tasas de extracción de sus recursos cuando los

¹² Sobre este tema existe una amplia bibliografía. Se recomienda los aportes de Alberto Acosta (1994, 2001).

precios se debilitan. Buscan, a como dé lugar, sostener los ingresos provenientes de las exportaciones primarias. Esta realidad beneficia a los países centrales, pues un mayor suministro de materias primas –petróleo, minerales o alimentos–, en épocas de precios deprimidos, crea una sobreoferta, lo que debilita aún más sus precios. De esa manera, se genera un “crecimiento empobrecedor”¹³ y la sobre-explotación de las materias primas.

- La abundancia de recursos externos, alimentada por las exportaciones de petróleo o minerales (tal como se ha experimentado en los últimos años), crea un auge consumista, que es cubierto, sobre todo, con importaciones. Así se desperdician recursos, pues incluso se llega a sustituir productos nacionales por productos externos. Esta situación es atizada por la sobrevaluación cambiaria, ocasionada por el ingreso masivo de divisas. Una mayor inversión y gasto público, sin las debidas providencias, incentiva las importaciones y no necesariamente la producción doméstica. La historia nos ha enseñado que, normalmente, no hay un uso adecuado de los cuantiosos recursos disponibles, y es casi normal el apareamiento de los conocidos “elefantes blancos”, aquellas obras monumentales que muchas veces están inutilizadas o muy poco aprovechadas.

- Esa experiencia también ilustra y confirma que el extractivismo no permite una diversificación productiva y, menos aún, genera encadenamientos dinámicos. No se aseguran enlaces productivos integradores y sinérgicos ni hacia delante ni hacia atrás; tampoco en la demanda final (enlaces de consumo, infraestructura y fiscales). Mucho menos se facilita y garantiza la transferencia tecnológica y la generación de externalidades a favor de otros sectores. De allí se deriva una de las características clásicas de las economías primario-exportadoras, presente desde la colonia: un carácter de enclave, con territorios extractivistas normalmente aislados del resto de la economía. Esta situación no ha cambiado para nada en la actualidad, sea en los países con gobiernos neoliberales o progresistas. Una cuestión, no obstante, que debe ser revisada, en la medida que estas regiones extractivistas no se circunscriben exclusivamente a las zonas de donde se extraen los recursos naturales y que, además, tienen que considerar su relacionamiento con una suerte de regiones extractivistas virtuales, en tanto dependen de las relaciones propias de estos recursos con la financiarización de la economía mundial.

¹³ Jagdish N. Bhagwati, *Inmiserizing Growth*, *Review of Economic Studies*, junio, 1958.

- En estrecha relación con lo anterior, las empresas que controlan la explotación de recursos naturales no renovables, por su ubicación y forma de explotación, se convierten con frecuencia en poderosos grupos de poder empresarial frente a Estados nacionales relativamente débiles. La historia nos cuenta cómo algunas transnacionales han aprovechado de su posición dominante, por ejemplo, lograda por su contribución al equilibrio de la balanza de pagos, para influir en el balance de poder en el país, a través de la permanente amenaza a los gobiernos que se atreven a ir a contracorriente. Una “nueva clase corporativa” ha capturado no solo al Estado, sin mayores contrapesos, sino también a importantes medios de comunicación, encuestadoras, consultoras empresariales, universidades, fundaciones y estudios de abogados. Así, esta clase corporativa transnacional –en el caso de las inversiones chinas apoyadas directamente por su Estado– se ha convertido en el “actor político privilegiado”, por poseer “niveles de acceso e influencia de los cuales no goza ningún otro grupo de interés, estrato o clase social” y, aún más, que le permite “empujar la reconfiguración del resto de la pirámide social”. De donde se tiene que “se trata de una mano invisible (en ocasiones muy visible, NdA) en el Estado que otorga favores y privilegios y que luego, una vez obtenidos, tiende a mantenerlos a toda costa”, y los asume como “derechos adquiridos” (Durand, 2006).
- Así se debilita la lógica del Estado-Nación, y se da paso a lo que se conoce como la “desterritorialización” del propio Estado. De esa manera, el Estado se desentiende del entorno de los enclaves petroleros o mineros y deja, por ejemplo, la atención de demandas sociales a las empresas extractivistas. Esto conduce a un manejo desorganizado y no planificado de esas regiones que, incluso, están muchas veces *de facto* al margen de las leyes nacionales. En ese contexto, el Estado extractivista viabiliza la vinculación de los territorios mineros o petroleros al mercado mundial, sea a través de la correspondiente infraestructura o de las medidas de seguridad policiales y hasta militares que hagan falta. Esto no implica necesariamente su integración nacional y local. Todo esto, sumado a muchos de los puntos anotados, conduce a una desnacionalización de la economía, no solo por el control directo de los recursos naturales, sino por la incidencia directa o indirecta de las empresas transnacionales en la definición de las políticas de los países extractivistas.
- Este extractivismo cada vez más desaforado consolida un ambiente de violencia y marginalidad crecientes, que desemboca en respuestas represivas, miopes y torpes de un Estado policial, que no cumple sus obligaciones sociales y económicas. La criminalización

y la represión desplegadas para sostener y ampliar el extractivismo caracterizan a todos los gobiernos de la región, independientemente de su orientación ideológica.

- Asimismo, la desigual distribución del ingreso y de los activos generan un callejón, en apariencia, sin salida por los dos lados: los sectores marginales, con mayor productividad del capital que los modernos, no acumulan, pues no tienen los recursos para ahorrar e invertir; y los sectores modernos, con mayor productividad de la mano de obra, no invierten, dado que no tienen mercados internos que aseguren rentabilidades atractivas. Ello, a su vez, agrava la indisponibilidad de recursos técnicos, de fuerza laboral calificada, de infraestructura y de divisas, lo que desincentiva la inversión; y así, sucesivamente. Es decir, una situación conocida desde hace muchas décadas: se ahonda la heterogeneidad estructural de estos aparatos productivos (ver Pinto, 1970).¹⁴
- A lo anterior se agrega el hecho obvio (y desgraciadamente necesario, no solo por razones tecnológicas) de que, a diferencia de los demás sectores, la actividad extractivista (sobre todo minera y petrolera) absorbe poco –aunque bien remunerado– trabajo directo e indirecto: contrata fuerza directiva y especializada altamente calificada, muchas veces extranjera. En efecto, la tecnología es mundial como las finanzas, mientras que la extracción tiene que ser local y la producción puede ser local o haber sido deslocalizada;¹⁵ es intensiva en capital y en importaciones: utiliza casi exclusivamente insumos y tecnología foráneos, etc. Todo eso provoca que el “valor interno de retorno” (equivalente al valor agregado que se mantiene en el país) de la actividad primario-exportadora resulte irrisorio.
- A su vez, se generan nuevas tensiones sociales en las regiones donde se extraen dichos recursos naturales, pues, por lo general, muy pocas personas de la región se integran a las plantillas laborales de las empresas mineras y petroleras, o se benefician indirectamente de ellas. Y esa mano de obra es casi siempre sobreexplotada. En los monocultivos, donde aún

¹⁴ La lista de aportes –desde la teoría de la dependencia– sobre lo que representan las patologías propias de las economías primario-exportadoras y los enclaves extractivistas, es larga y muy importante. Se podría citar una selección de los muchos trabajos de André Gunder Franck (1970, 1979); Ruy Mauro Marini (1973, 1978); Celso Furtado (1974); Theotonio dos Santos (1978, 1998), entre otros. Se puede consultar también el texto de Alberto Acosta: *Las dependencias del extractivismo - Aporte para un debate incompleto* (2016).

¹⁵ Por ejemplo, el refinado del petróleo o del estaño fuera del país donde se ha extraído. Lo del estaño fue claro en la nacionalización boliviana por parte del MNR de 1953: los Patiño, Aramayo y similares siguieron controlando el refinado del mineral extraído en Uncía, Llallagua, Siglo XX, Catavi, etc.

se emplea bastante mano de obra, las relaciones laborales son precarias; incluso persisten prácticas de semiesclavitud. Basta mencionar las plantaciones bananeras en Ecuador.

- Derivadas de la exportación de bienes primarios, se consolida y profundiza la concentración y centralización del ingreso y de la riqueza en pocas manos, así como del poder político. Aquí son grandes beneficiarias las empresas transnacionales –vistas como promotoras de la modernidad–, a las que se les reconoce el “mérito” de arriesgarse a explorar y explotar los recursos en mención. Nada se dice de cómo crean una mayor “desnacionalización” de la economía, en parte por el volumen de financiamiento necesario para explotar los recursos, en parte por la falta de empresariado nacional consolidado y, en no menor medida, por la poca voluntad gubernamental para formar alianzas estratégicas con empresarios locales.
- En estas economías primario-exportadoras, la estructura y la dinámica políticas se caracterizan por el “rentismo”, la voracidad y el autoritarismo con el que se manejan las decisiones. Dicha voracidad dispara el gasto público más allá de toda proporción, con un manejo fiscal desordenado, con el propósito de financiar todo tipo de acciones clientelares destinadas a asegurar el poder, sin una adecuada planificación, y sin mayor preocupación por la calidad de la gestión y el control democrático. Este “efecto voracidad” se refleja en la búsqueda desesperada y la apropiación abusiva de parte importante de los excedentes del sector primario-exportador. Los políticamente poderosos exprimen esos excedentes para perennizarse en el poder, o bien para lucrar de él. Y en ese entorno, donde campea la corrupción, es obvio, que resulta muy difícil encontrar un real aliciente para desarrollar un sistema tributario equitativo.
- El extractivismo crea una concepción reduccionista de la Naturaleza, pues minimiza la complejidad de las redes bio-físicas naturales y los procesos de reproducción naturales a meros “recursos naturales”, que pasan a disponerse para la prospección, exploración y mercantilización, sin reconocer las consecuencias negativas. En el mejor de los casos, se procesan sus externalidades, pero no como parte de un contexto integral propio de las estructuras de la Naturaleza. Desde esa perspectiva, el extractivismo lesiona el medioambiente natural y social en el que interviene; sobre todo los megaproyectos extractivistas rompen los ciclos vitales de la Naturaleza y destrazan los elementos sustanciales de los ecosistemas, con lo que se impide su regeneración; es decir, se afecta

grave e irreversiblemente los Derechos de la Naturaleza.¹⁶ Este deterioro sucede a pesar de algunos esfuerzos de las empresas para disminuir la contaminación, y de las acciones sociales para establecer relaciones “amistosas” con las comunidades. Todo esto explica por qué hay cada vez más respuestas defensivas desde las comunidades afectadas, crecientemente reprimidas por gobiernos y empresas extractivistas. La represión y la criminalización de la protesta social se vuelven una herramienta clave para profundizar el extractivismo.

- A pesar de esta enorme carga de argumentos críticos de la acumulación primario-exportadora, que ha dado lugar a la tesis de la “maldición de la abundancia” (Acosta, 2009), hay un posicionamiento casi indiscutible de esta en las sociedades de los países con economías predominantemente extractivistas. Tanto es así, que parecería que esa es la verdadera maldición: es decir, la maldición, en este caso la patología, quizá radica en la incapacidad para asumir el reto de construir alternativas a la acumulación primario-exportadora, que parece eternizarse, no obstante sus inocultables fracasos.

La masiva apropiación de la Naturaleza, o sea de “recursos naturales” extraídos vía múltiples violencias, atropellando Derechos Humanos y Derechos de la Naturaleza, “no es una consecuencia de un tipo de extracción sino que es una condición necesaria para poder llevar a cabo la apropiación de recursos naturales”, como bien señala Eduardo Gudynas (2013).¹⁷

No hay, en síntesis, un extractivismo bueno¹⁸ y un extractivismo malo. El extractivismo es lo que es: en lo económico, un conjunto de actividades de extracción masiva

¹⁶ Los Derechos de la Naturaleza se potenciaron con su aprobación en la Constitución de Ecuador, el año 2008. La lista de personas que los estudian crece diariamente: Esperanza Martínez (2009); Diana Murcia (2009); Raúl Eugenio Zaffaroni (2011); Ramiro Ávila (2011); Alberto Acosta (2011, 2013); Eduardo Gudynas (2016b). Existen valiosos aportes anteriores, no conocidos en el debate constituyente, de Godofredo Stutzin (1984); Peter Saladin (1986), Georg Leimbacher (1988), Christopher Stone (1996), Cormac Cullinan (2003), por ejemplo. En este breve recuento de personas que han abordado el tema, no puede faltar Arne Naess, considerado el padre de la “ecología profunda”, y Baruch Spinoza, de quien se nutre Naess explícitamente.

¹⁷ Marx ya nos mencionó, en su momento, que el propio origen del capitalismo (es decir, la acumulación originaria de capital) proviene de la extracción de recursos naturales, la explotación y la violencia: “El descubrimiento de las comarcas auríferas y argentíferas en América, el exterminio, esclavización y soterramiento en las minas de la población aborigen, la conquista y saqueo de las Indias Orientales, la transformación de África en un coto reservado para la caza comercial de pieles-negras, caracterizan los albores de la era de producción capitalista. Estos procesos idílicos constituyen factores fundamentales de la acumulación originaria” (Marx [1867] 2008, p. 939).

¹⁸ Como es el caso del uso del término extractivismo en portugués, cuando se refiere a la extracción u obtención sostenible de recursos naturales del bosque, por ejemplo, de castañas o de madera, sin llegar a afectar la existencia del bosque mismo y de toda su rica biodiversidad.

de recursos primarios para la exportación que, dentro del capitalismo, se vuelve fundamental en el contexto de la modalidad de acumulación primario-exportadora. De este modo, el extractivismo es, en esencia, depredador como lo es “el modo capitalista (que) vive de sofocar a la vida y al mundo de la vida, ese proceso se ha llevado a tal extremo, que la reproducción del capital solo puede darse en la medida en que destruya igual a los seres humanos que a la Naturaleza”, como afirmó el filósofo ecuatoriano Bolívar Echeverría (2010).

Todos los aspectos que se acaban de exponer sobre el extractivismo se interrelacionan con los elementos típicos del supuesto “subdesarrollo”:

- La debilidad de los mercados internos, provocada, sobre todo, por los bajos ingresos y las enormes desigualdades en la distribución de la riqueza.
- La creciente pobreza de las masas, confrontada con una mayor concentración del ingreso y de los activos en pocas manos; algo que explica especialmente ese proceso de empobrecimiento.
- La presencia de sistemas productivos atrasados y modernos, que caracterizan la heterogeneidad estructural y la informalidad del aparato productivo.
- Los escasos encadenamientos productivos y sectoriales, así como de demanda y fiscales, en particular de las actividades de exportación con el resto de la economía.
- La concentración productiva en bienes no elaborados para surtir el mercado externo, a pesar de los vaivenes de los precios internacionales en esos sectores primarios, que, además, son intensivos en capital y poco demandantes de fuerza de trabajo.
- La falta de una adecuada integración entre las diversas regiones de cada país, sobre todo en infraestructura e intercambio productivo.
- La absorción de ahorros de las regiones más pobres por las más acomodadas, lo que crea una “causación circular acumulativa” (Myrdal, 1957), que empobrece más y más a unos, en beneficio de otros (acompañado, también, de “intercambio desigual doméstico”).

- La ausencia de un sistema moderno de ciencia y tecnología, base para el desarrollo de ventajas comparativas dinámicas; acompañada de un solemne desprecio de los saberes ancestrales.
- El mal manejo administrativo del Estado y una marcada arbitrariedad burocrática; el autoritarismo es una (casi) norma en estos países extractivistas.
- Los siempre escasos gastos en políticas sociales, en especial en salud y educación; muchas veces inadecuadamente invertidos en propuestas que, además, no abordan la raíz de los problemas.
- La carencia de estrategias sustentadas en las soberanías: alimentaria, energética, financiera y económica, en general.
- Las masivas ineficiencias del sector productivo.
- La corrupción generalizada en toda la sociedad.
- Uno de los mayores lastres y que explica sustantivamente la situación de subdesarrollo radica en la colonialidad¹⁹ del poder, del ser y del hacer, vigente hasta nuestros días. Esta colonialidad no es solo un recuerdo del pasado; hasta explica la actual organización del mundo en su conjunto, en tanto punto fundamental en la agenda de la Modernidad.²⁰

A pesar de conocerse esta realidad y sus patologías, luego de tantas décadas de dependencia en el extractivismo, hay muy pocas respuestas efectivas, incluso dentro de algún posible “extractivismo sensato”, que podría asumirse como un primer paso en un largo proceso de transición postextractivista, necesariamente postcapitalista.

En los últimos años quizás lo más destacable son algunos fondos de estabilización (no comparables con aquellos fondos utilizados para garantizar simplemente el pago de deuda

¹⁹ Entre los críticos a la colonialidad destacamos, sobre todo, a Aníbal Quijano, a más, por supuesto de Boaventura Souza Santos, Gayatri Chakravorty Spivak, Edward W. Said, José de Souza Santos, Chandra Talpade Mohanty, Nikita Dhawan, Enrique Dussel, Arturo Escobar, Fernando Coronil, Edgardo Lander, Anne McClintock, Enrique Leff, Arif Dirlik, Breny Mendoza, Francisco López Segrera, Alejandro Moreano, entre otros.

²⁰ José María Tortosa, en sus comentarios a nuestro texto, observa que esa lista puede aplicarse casi toda a España o a Grecia. El supuesto “desarrollo” y “subdesarrollo” no formaría una dicotomía sino un continuo. Lo malo es que, entonces, no hay “lucha final”.

externa), cuya eficacia depende de la duración de los precios bajos de las materias primas en el mercado mundial.

Lo que sí queda absolutamente claro es que la dependencia del extractivismo ha aumentado, tanto en países con gobiernos neoliberales como “progresistas”. Todos estos gobiernos, de la mano del extractivismo, se han embarcado en una nueva cruzada desarrollista: sea para “salir del extractivismo con más extractivismo”, como ofrece el gobierno ecuatoriano, o para subirse a la “locomotora minera”, como propone el gobierno colombiano.

2.1.2. Del extractivismo colonial al neoextractivismo contemporáneo

La actual situación del extractivismo en la región ha dado paso a intensos debates. Es más, se ha acuñado el término neoextractivismo para definirla. Por ejemplo, Eduardo Gudynas (2009, 2013b, 2016a) y también uno de los autores de estas líneas (Alberto Acosta 2009, 2014), optaron por definir como neoextractivismo al manejo extractivista de los recursos naturales por parte de los países con gobiernos “progresistas”, que presenta algunas diferencias con el extractivismo de los regímenes neoliberales.

Recordemos que la constelación histórico-política, producto de la lucha de los movimientos sociales, posibilitó la conformación de gobiernos “progresistas” que fortalecieron el papel del Estado en la economía, con una creciente presencia de control y acción estatales en los ámbitos extractivistas. Desde allí se promovieron políticas de distribución de los elevados ingresos provenientes de las exportaciones de materias primas. Estas luchas sociales se enmarcaron, sobre todo, en reclamos nacionalistas, que se nutrieron paulatinamente con planteamientos ecologistas por la falta de agua para el agro; por la deforestación y contaminación ocasionada por la minería –formal e informal– y por la actividad petrolera; así como por el agotamiento del recurso pesquero en el océano Pacífico, debido a su sobreexplotación; por la polución urbana, etc.

A la postre, los gobiernos “progresistas” han terminado por acentuar la dependencia de sus economías de las exportaciones primarias. Y en el camino se quedaron sus discursos ecologistas y, por cierto, nacionalistas. En el Ecuador, el Gobierno que impulsó la Iniciativa Yasuní-ITT,²¹ surgida desde la sociedad civil mucho antes de su inicio en enero del 2007,

²¹ Esto desató un interesante debate incluso a escala internacional. De una lista muy larga, destacamos algunos de los aportes de Joan Martínez Alier (2007); Esperanza Martínez (2009); Alberto Acosta, Eduardo Gudynas,

terminó por fracasar en agosto del 2013, al no haber desarrollado una estrategia política para poner en marcha esta propuesta realmente revolucionaria.²²

Hay que tener en cuenta que la Amazonía ecuatoriana ha sido afectada por décadas por las actividades petroleras. Como consecuencia de esto, los pueblos indígenas en aislamiento voluntario se han alejado de las zonas de explotación, y en la actualidad se encuentran en las últimas zonas de bosques. En una zona cada vez más reducida, que ha perdido aceleradamente su verdadera riqueza, la biodiversidad, ha aumentado y se ha concentrado la población indígena. Esto determina que cada vez hay más oposición de parte de estos grupos humanos a estas actividades, lo que ha motivado un creciente respaldo de grupos y movimientos en el Ecuador y en el mundo.

A partir de esta compleja realidad, la Iniciativa Yasuní ITT se basó en cuatro pilares:

- 1) proteger el territorio y, con ello, la vida de pueblos indígenas en aislamiento voluntario;
- 2) conservar una biodiversidad inigualable en todo el planeta –la mayor registrada por científicos hasta el momento–;
- 3) cuidar el clima global manteniendo represada en el subsuelo una significativa cantidad de petróleo, con lo que se evita la emisión de 410 millones de toneladas de CO₂;
- 4) dar un primer paso en Ecuador para una transición postpetrolera, lo que tendría un efecto demostración en otras latitudes.

Pero hay más. Como un quinto pilar, podríamos asumir la posibilidad de encontrar colectivamente –como Humanidad– respuestas concretas a los graves problemas mundiales derivados de los cambios climáticos provocados por el propio ser humano, exacerbados sobre todo en esta última fase de expansión global del capital.

Como contrapartida, el Ecuador esperaba la contribución financiera de la comunidad internacional, que debía asumir su responsabilidad compartida y diferenciada en función de los muchos niveles de destrucción ambiental, provocada por las diversas sociedades en el planeta, en particular por las más opulentas. No se trataba de una vulgar compensación para

Esperanza Martínez & Joseph Vogel (2009); Carlos Larrea (2009); Iván Narváez (2009); Esperanza Martínez & Alberto Acosta (2010); Pamela Martin (2010); Joseph Vogel (2010); Alberto Acosta (2014).

²² La pública campaña gubernamental en contra de la Chevron-Texaco recién empezó luego de haber echado por la borda la propuesta de no explotar el Yasuní. En Perú, específicamente en relación con la explotación minera de Cajamarca, el presidente Humala prometió originalmente “Agua sí, Oro no”; ofrecimiento que no cumplió posteriormente.

seguir forzando el desarrollismo (como entendió el gobierno ecuatoriano). Esta iniciativa se enmarca en la construcción del Buen Vivir o *Sumak Kawsay*, en tanto alternativa al desarrollo, para, desde allí, ir construyendo un escenario que prevea detener y también revertir los graves desequilibrios provocados por el extractivismo, en términos amplios, y en concreto por el crecimiento económico.

Por lo pronto, esta Iniciativa aparece como fracasada, porque los países ricos no asumieron su responsabilidad y, sobre todo, porque el gobierno ecuatoriano no estuvo a la altura del reto revolucionario propuesto desde la sociedad civil. Pero, aquí está una gran lección: no bastaba con que la sociedad civil, desde donde emergió esta propuesta, haya dejado en manos del Estado continuar con esta Iniciativa. La sociedad civil debió seguir impulsando directa y activamente esta propuesta revolucionaria, tanto dentro como fuera del país. Una tarea que asumió, a través del colectivo Yasunidos en agosto del 2013, cuando el gobierno de Correa reconoció que le había quedado muy grande esta Iniciativa.

En síntesis, el Estado no es el único y tampoco el principal actor para dar paso a los cambios estructurales necesarios. Es más, el Estado, tal como está concebido, reproduce y consolida las estructuras de dominación.

El mismo Gobierno ecuatoriano dio paso a la entrega directa a empresas transnacionales de los grandes campos petroleros en explotación, conocidos como “los campos maduros” o, también, como “las joyas de la corona”. El propio Rafael Correa en 2006, antes de ser presidente de la República, afirmaba con sólidos argumentos que tales operaciones son una “traición a la patria”; pero hoy ese discurso es solo un recuerdo.²³

El otro autor de este libro (Ulrich Brand, coincidiendo con Jürgen Schuldt) define como neoextractivista a la situación en toda la región desde el año 2000. Por supuesto, hay diferencias (remarcables) resaltantes o marcadas, y los gobiernos actúan de maneras distintas, según la coyuntura económica y las movilizaciones sociales. Sin embargo, estas diferencias se dan al nivel de sociedades concretas y no tanto por la línea de gobiernos conservadores y progresistas. (Sería muy interesante establecer semejanzas y diferencias entre Bolivia, Brasil, Ecuador, Nicaragua, Perú o Venezuela, por ejemplo; pero por razones de espacio no se ahonda este asunto.) Esta perspectiva enfatiza más las condiciones económicas internacionales y su articulación con las relaciones sociales concretas dentro de las

²³ Es recomendable escuchar en su totalidad esas afirmaciones, disponibles en este audio: <https://www.youtube.com/watch?v=Gn3TmHMZVIk&feature=youtu.be&a>

sociedades particulares, para entender la fase actual del extractivismo (Brand/Dietz/Lang, 2016).²⁴

Considerando tales distinciones en la definición de neoextractivismo, creemos que es mejor volver al concepto de extractivismo en términos generales, pero reconociendo que su última fase histórica posee dimensiones particulares; se debe anotar, eso sí, las diferencias entre gobiernos neoliberales y “progresistas”.

Entendemos, en cualquier caso, al neoextractivismo como una versión contemporánea del extractivismo de viejo cuño y que, por lo tanto, está afectado de las típicas patologías del extractivismo. Asimismo, en esta nueva fase del extractivismo, más allá de que varios países de la región posean regímenes “progresistas” que han levantado la tesis de la transformación de la matriz productiva, y que incluso han realizado algunos esfuerzos en esa dirección, tales gobiernos han mantenido intacta la esencia de la matriz de acumulación primario-exportadora. Por tanto, más allá de discursos y planes oficiales, en la práctica, los extractivismos se han consolidado e, incluso, ampliado.

Desde una postura nacionalista, los gobiernos “progresistas” procuraron principalmente un mayor acceso y control del Estado sobre los recursos naturales y los beneficios de su extracción, lo cual no es malo *per se*. Lo preocupante es que, desde esta postura, se critica el control de los recursos naturales por parte de empresas transnacionales, pero no la extracción en sí.

En sus análisis, Maristella Svampa o Eduardo Gudynas señalan que el actual extractivismo parte de un dispositivo político-social nacional-popular, y lo consolida justificando la explotación de la Naturaleza como proyecto promotor del “desarrollo nacional”.

En este punto emerge la soberanía, como factor explicativo de muchas acciones, orientadas al control estatal de la explotación de los recursos naturales; una acción vista como necesaria para luchar contra la pobreza y la desigualdad social.²⁵ Este aspecto es medular para

²⁴ Así se pueden diferenciar dos fases. La primera abarca aproximadamente los años setenta hasta el año 2000. De cierto modo, durante esa treintena de años, se había ido preparando el neoextractivismo como una posibilidad. La segunda fase, que inició con el cambio del milenio y cuya dinámica comenzó a acelerarse a partir del año 2003, continúa hasta hoy. El funcionamiento del mercado capitalista, reduciendo el tamaño del Estado, con el fin de flexibilizar las relaciones laborales, reprimirizar los aparatos productivos, liberalizar las economías, asegurando el pago de deudas y el desenvolvimiento de la competitividad, se convirtieron en criterios dominantes de la política estatal. En efecto, se generó lo que se conoce como desarrollismo orientado hacia el mercado global (ver la síntesis de John Williamson [1990] sobre el así llamado Consenso de Washington).

²⁵ Eduardo Gudynas (2009, 2014); Catalina Toro Pérez (2012); Boras et al. (2012); Maristella Svampa (2012, pp. 48-56, 2015); Henry Veltmeyer (2013); Anthony Bebbington & Jeffrey Bury (2013); Gian Delgado Ramos
BORRADOR NO PARA CITAR

comprender cómo algunos gobernantes “progresistas” se volvieron fervientes propulsores de las actividades extractivistas, como el caso del presidente ecuatoriano Rafael Correa, quien se ha convertido en el mayor promotor de la megaminería en su país.²⁶

Es verdad que para combatir las inequidades y las desigualdades faltan mayores recursos públicos. Por eso, aprovechando el momento del mercado global con precios elevados de las materias primas, estos gobiernos “progresistas” fomentaron el extractivismo. Esta coyuntura permitió ver al extractivismo como una especie de oportunidad. Es más, hubo gobiernos, particularmente el ecuatoriano, que vieron en el creciente extractivismo una suerte de palanca para construir las condiciones que permitan superar el extractivismo. Y, de facto, en todos los gobiernos latinoamericanos, se vio al crecimiento económico como el motor para el “desarrollo” de otros sectores productivos.

En efecto, existe un controvertido debate alrededor de las dinámicas mencionadas. La esencia objetiva para valorar el modelo de desarrollo neoextractivista radica en que los defensores de los gobiernos “progresistas” recalcan sus éxitos económicos y de distribución de los ingresos. Sostienen que, a nivel analítico y programático, el concepto del extractivismo no aprecia debidamente algunas situaciones significativas, como mejores salarios, el papel del Estado y la transformación del poder. Desde esta vertiente se destaca la intención de los gobiernos “progresistas” de transformar, a mediano plazo, el modelo primario-exportador y su fuerte dependencia de la demanda y de los precios de los mercados mundiales, mediante una reestructuración económica y social –pero que no lo logran y, en el fondo, tampoco lo desean–. Para defenderse contra las críticas y las crecientes resistencias sociales frente a su modelo económico, cada vez más atado al extractivismo, los regímenes políticos se tornan cada vez más centralistas y autoritarios.

Estos gobiernos “progresistas” manifiestan que conceptos como el Buen Vivir no son generalizables y que no pasan de ser una especie de “estrella guía lejana” de una sociedad postcapitalista. Y no solo eso: al Buen Vivir lo han vaciado de contenido y lo han transformado en un dispositivo de poder. Tengamos presente que la visión del Buen Vivir constituye una referencia importante que deja entrever un horizonte civilizatorio emancipador; que se guía de manera concreta por los cambios estructurales en las constelaciones de poder, en la conformación del Estado y en el entendimiento de la

(2013); Raúl Prada (2014); Hans Burchardt & Kristina Dietz (2014); Klaus Meschkat (2015); Bettina Engels & Kristina Dietz (2016). Sobre el extractivismo y la vida cotidiana, véase Verónica Gago (2015).

²⁶ Sobre este tema se puede consultar el artículo de Alberto Acosta & Francisco Hurtado Caicedo (2016).

economía; que se opone a siglos de opresión y de ideologías eurocentristas, al tiempo que propone la construcción de sociedades liberadas del antropocentrismo y orientadas por visiones socio-biocéntricas.

Como saldo tenemos que el neoextractivismo, en la versión impulsada por gobiernos “progresistas”, es parte de una versión contemporánea del típico desarrollismo latinoamericano; opción que fuera duramente criticada en décadas anteriores por estructuralistas y dependentistas.

Lo que está claro es que los gobiernos “progresistas” –y también los neoliberales– mantienen el mito del “progreso” en su deriva productivista, y el del “desarrollo” como dirección única, sobre todo en su visión mecanicista de crecimiento económico, así como sus múltiples sinónimos. Por cierto, este extractivismo del siglo XXI –neoliberal o “progresista” – no pierde su carácter conquistador y colonizador.

En este punto, no se puede negar que en los países “progresistas” la población tradicionalmente marginada ha vivido una relativa mejoría, gracias a la mejor distribución de los crecientes ingresos del extractivismo, gracias a los elevados precios de las materias primas. Esta situación, como ya lo anotamos, también se registró en los países con gobiernos neoliberales. Sin embargo, más allá de sus improntas discursivas revolucionarias y sus muchos logros en términos sociales (algunos de ellos más parecen una mera recuperación luego de la crisis neoliberal), no han impulsado una verdadera redistribución de la riqueza ni del poder, menos aún un cambio de la modalidad de acumulación.²⁷ Esta situación se explica por lo relativamente fácil que resulta obtener ventajas de la Naturaleza –atropellando a sus defensores–,²⁸ sin entrar en complejos procesos sociales y políticos de redistribución. Esto permite comprender por qué los grupos más acomodados de las viejas oligarquías, y por cierto las nuevas, muchas vinculadas con el capital transnacional, han obtenido jugosas ganancias, en un ambiente en donde las denuncias de corrupción son cada vez más frecuentes en todos estos países. Faltaría, por cierto, un análisis más pormenorizado respecto de la incidencia del narcotráfico en la economía (y en la vida política) de varios países de la región, particularmente en México, Colombia, Perú y Bolivia.

²⁷ Entre los varios trabajos existentes, se puede recomendar la amplia y detallada investigación dirigida por Francisco Muñoz (2015).

<https://redsosamazonas.files.wordpress.com/2015/07/libro-balance-critico-compressed.pdf>

²⁸ Como ejemplo paradigmático, tenemos el caso de los Yasunidos en Ecuador, cuya propuesta de consulta popular fue fraudulentamente anulada por el Consejo Nacional Electoral, en contubernio con el gobierno de Rafael Correa. Véase: *Estrategias de represión y control social del Estado ecuatoriano – Informe psicosocial en el caso de los Yasunidos* (2015). Colectivo de Investigación y Acción Psicosocial, Ecuador. Disponible en: <https://accionpsicosocial.files.wordpress.com/2015/01/informe-psicosocial-en-el-caso-yasunidos.pdf>

Ahora, cuando el ciclo de precios altos de las materias primas llegó a su final, en estos países se vuelve a la lógica de los ajustes (es decir, el recorte del gasto público y de las políticas sociales, la devaluación del tipo de cambio, el alza de las tasas de interés, y especialmente la denominada “flexibilización laboral”) que, como todo indica, terminarán por golpear más a los de siempre: los sectores populares y medios.

En síntesis, este extractivismo en el siglo XXI expresa una forma sustancial de la modalidad de acumulación primario-exportadora, resultado de un modelo de desarrollo capitalista periférico y dependiente. La misma situación social está muy vinculada –pero no exclusivamente– con la valorización de determinados recursos naturales en el mercado mundial capitalista, como una extensión particular de la lógica fetichista del capitalismo.

Tan fuerte es esta tendencia que hasta hay quienes creen que ahora el “desarrollo” sí será posible por esta vía. Por ejemplo, en algunas de sus publicaciones, la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) plantea la re-primarización (el retorno a la producción de bienes primarios), como una posible estrategia de “desarrollo” para Latinoamérica (CEPAL, 2011, p. 21).

Es claro que hoy la actualización del “modelo de desarrollo” ocurre sobre la base de condiciones y dinámicas internas y globales en pleno cambio. Algunas de estas dinámicas son derivadas de las cambiantes situaciones del mercado mundial y de las transformaciones a nivel geopolítico, que están incidiendo en la fluctuación de los precios de las materias primas.

También en otras regiones del mundo recobran (mayor) importancia las estrategias de “desarrollo”, basadas en la explotación de recursos naturales, la apropiación y la distribución condicionada de los beneficios.²⁹ En cierto modo, Rusia, Indonesia y, en el futuro, Myanmar forman parte de este grupo de países. Lo importante es destacar que dichas estrategias se relacionan directamente con mantener los modos de producción y vida del Norte global, sin cuestionar que estos demandan un alto consumo de recursos y que, además, han transformado a muchos recursos naturales, transados en el mercado mundial, en factores de especulación financiera: la perversa “financiarización de la Naturaleza”.³⁰

Esta reciente reprimarización inició alrededor del año 2000, y se intensificó desde el 2003, aunque no fue evidente al principio (en realidad, los aumentos de precios de las *commodities* empezó a principios de los noventa y ya al galope desde fines del año 2002). El proceso vino de la mano de la transformación de muchas constelaciones y dinámicas

²⁹ Véase Fraser & Larmer (2010); Breininger & Reckordt (2012); Pichler (2015).

³⁰ Tricarico & Löschmann (2012); Brand & Wissen (2014); Kill (2015).

globales, todas interrelacionadas. Desde principios del milenio, la demanda global de materia prima agrícola y mineral vivió un auge continuo y, con ello, los términos de intercambio reales entre productos primarios e industrializados mejoraron. En 2008, el precio del crudo (para el petróleo del mar del Norte y su crudo Brent) alcanzó más de US\$ 133 por barril, luego de haber fluctuado desde US\$ 23, al final del 2001, y US\$ 70, a mediados del 2005. Al finalizar el 2008, el precio alcanzó US\$ 40 y volvió a subir hasta US\$ 125 a principios del 2012. El precio del petróleo volvió a bajar considerablemente a partir de mediados del 2014 hasta menos de US\$ 40 al final del 2015, y a US\$ 30 en 2016. Los incrementos de precios fueron aún mayores en los minerales, particularmente metales. Entre 2000 y 2011, el índice de recursos naturales de la Agencia Alemana de Recursos Naturales creció en un 400% (en US\$ nominales). Allí el incremento en algunos metales no preciosos, como hierro y acero y metales –considerados “estratégicos”– alcanzó más del 600%.³¹ Todo esto indica la enorme volatilidad de los precios. Ahora, cuando todo indica que ya se está en una nueva fase de precios deprimidos, es indispensable un análisis detenido para comprender cuál puede ser su duración y los efectos que provocará en las economías latinoamericanas.³² Y, simultáneamente, hay que estar atentos a los cambios tecnológicos en marcha, sin caer presos del fetiche de la tecnología.

2.1.3. ¿Renacimiento tecnológico del extractivismo?

Hay una creciente relación entre el extractivismo y los avances tecnológicos impulsados por las demandas de acumulación del capital. Especialmente en países como Argentina y Brasil, se continúa industrializando la agricultura (p.e. usando soya transgénica o abonos y pesticidas industriales). También en la minería y en la actividad petrolera se trabaja con métodos de explotación de alta tecnología que, por supuesto, como sucede con este tipo de actividades extractivistas, demanda cada vez más energía. Por esta razón, es importante vincular este masivo extractivismo con la ampliación de las plantas de generación de electricidad, sobre todo las hidroenergéticas que, a su vez, provocan nuevas presiones sobre

³¹http://www.bgr.bund.de/DE/Themen/Min_rohstoffe/Produkte/MPI/MPI_PDF.pdf?blob=publicationFile&v=8

³² Es posible que los precios y la demanda vuelvan a crecer. Sin embargo, sería un error político y analítico esperarlo, sin tomar las medidas necesarias para reducir la dependencia de este tipo de productos. La diversificación productiva sería una componente para el cambio, especialmente la soberanía alimentaria y el ecoturismo.

las comunidades y la Naturaleza. Es cada vez más común hablar de proyectos mineroenergéticos, por ejemplo.

De allí que es necesario asumir los cambios tecnológicos en marcha, tanto en el ámbito del mismo neoextractivismo, en donde se ha abierto una etapa de explotación no convencional de los recursos naturales, como en la forma de aprovechamiento y explotación del trabajo humano. En esta línea aparece el mencionado *fracking* y la explotación de hidrocarburos a profundidades cada vez mayores; la minería hidro-química a gran escala; las mega-plantaciones inteligentes; la nanotecnología, la geo- y bio-ingeniería. A todos estos “avances” tecnológicos hay que analizarlos a la luz de otras formas de obtención de plusvalor, como las que se consiguen en los mercados de carbono, así como a través de las diversas formas de flexibilización laboral.

Tengamos presente que cada revolución tecnológica implica nuevas técnicas de producción; por cierto, muchas de estas reflexiones son válidas también para Europa (aquí se desarrolla con creciente intensidad una discusión sobre lo que se conoce como industria 4.0, o sea, se espera en los próximos años un incremento rapidísimo de la productividad industrial por la digitalización; tema bastante desconocido en América Latina). En la actualidad, surgen diversas formas de combinar medios e instrumentos de producción con las más modernas tecnologías; ello incluye avances hasta hace poco impensables, como la impresión en tres dimensiones.

En sintonía con esta aproximación, hay que identificar las nuevas fuentes de energía³³ para estimular la producción de bienes y sostener un creciente sistema de servicios, que – dicen– podrían tener costos cada vez más bajos, tendiendo inclusive a cero. Hay que reflexionar en otros ámbitos, en la evolución de la misma extracción de los recursos naturales, la utilización de insumos y materias primas, los nuevos bienes de consumo final, los sistemas de comunicación, los servicios financieros, los sistemas de transporte y almacenamiento. No podemos marginar las nuevas fuentes de información, bases de datos y de su transmisión. Asimismo, hay que considerar los nuevos mercados geográficos (por ejemplo, recordemos lo que representó el ingreso de China a la OMC), o asumidos por estratos de ingreso (aquí se podría considerar esa masa enorme de clase media china, también). Todo esto conduce a nuevas formas de organización empresarial, así como a modificaciones de la institucionalidad del poder global. Conocer cuáles son los elementos

³³ Este es un asunto de suma importancia. La literatura al respecto es muy amplia. Mencionemos los aportes de Herman Scheer (1999, 2005) o Jeremy Rifkin (2002, 2014, 2011).

tecnológicos del momento y su futuro es clave. Entender que estos cambios implican profundas decisiones políticas, es indispensable.

Las transformaciones en marcha son de tal magnitud que configuran “nuevos regímenes de trabajo/tecnologías de extracción de plusvalía”, que transforman y consolidan las modalidades de explotación y las formas de organización de las sociedades, como anota Horacio Machado Aráoz (2016):

Bajo esta dinámica, el capital avanza creando nuevos regímenes de naturaleza (capital natural) y nuevos regímenes de subjetividad (capital humano), cuyos procesos de (re)producción se hallan cada vez más subsumidos bajo la ley del valor. Ese avance del capital supone una fenomenal fuerza de expropiación/apropiación de las condiciones materiales y simbólicas de la soberanía de los pueblos; de las condiciones de autodeterminación de la propia vida. Y todo ello se realiza a costa de la intensificación exponencial de la violencia como medio de producción clave de la acumulación.

El uso de la técnica, en definitiva, ocupa un papel preponderante. Esta –bien sabemos– no es neutra. Por lo tanto, es preciso aproximarse a ella con cautela y sin dejar de analizar sus entretelones. No se trata de una posición conservadora, que rechaza o minimiza el progreso tecnológico, sino acerca de su sentido. Lo que interesa es aceptar que la tecnología moderna está subsumida al proceso de valorización del capital, y se desarrolla en función de sus demandas de acumulación, lo cual la puede volver nociva en muchos aspectos. Y como tal –por ejemplo, a través de la obsolescencia programada– presiona masivamente sobre los recursos naturales.

En la búsqueda de respuestas a esta ruptura de relaciones con la Naturaleza nos tropezamos con un patrón tecnocientífico³⁴ que, en lugar de construir comprensiones vitales del funcionamiento de la Naturaleza, su metabolismo y sus procesos vitales, irrumpe en ella para explotarla, dominarla y transformarla. Ese parece ser el mandato de la Modernidad. Como recordó Vandana Shiva en los años noventa del siglo pasado,

[...] con el advenimiento del industrialismo y del colonialismo [...] se produjo un quiebre conceptual. Los “recursos naturales” se transformaron en aquellas partes de la Naturaleza, que eran requeridas como insumos para la producción industrial y el comercio colonial. [...] La

³⁴ Sobre esta cuestión, se cuenta con muchas y vigorosas investigaciones de Carlota Pérez, disponibles en <http://www.carlotaperez.org/?l=es>

Naturaleza, cuya naturaleza es surgir nuevamente, rebrotar, fue transformada por esta concepción del mundo originalmente occidental en materia muerta y manejable. Su capacidad para renovarse y crecer ha sido negada. Se ha convertido en dependiente de los seres humanos.³⁵

No olvidemos que en toda tecnología hay inscrita una “forma social”, que implica una manera de relacionarnos unos con otros y de construirnos a nosotros mismos. Basta con mirar la sociedad que “produce” el automóvil y el tipo de energía que este demanda.

Sin negar la importancia de los avances tecnológicos, cabe considerar que no toda la Humanidad se beneficia de ellos. Por ejemplo, segmentos enormes de la población mundial no acceden por igual a la informática ni conocen el internet. Y muchos que lo tienen, son analfabetos tecnológicos: están presos de una tecnología que no conocen ni la pueden usar a plenitud.

Entonces, cabe pensar cuál es la “forma social” implícita en los avances tecnológicos presuntamente democratizadores a los que deberíamos enrolarnos todos, cuando realmente muchas tecnologías, tan promocionadas en la actualidad, generan renovadas formas de desigualdad y explotación, así como de enajenación. En la cotidianidad, muchos “avances tecnológicos”, como los que reemplazan funciones del cerebro humano, ocasionan que ciertos trabajadores se vuelvan caducos, y se excluyan o desplacen a quienes no pueden acceder a la tecnología. Todo esto redefine el trabajo mismo, lo desplaza al ámbito cognitivo y contribuye a su flexibilización.

Los seres humanos, al parecer, nos volvemos simples herramientas o “apéndices” de las máquinas, cuando la relación debería ser inversa. Desde esa perspectiva, para que exista otro tipo de tecnología (sobre todo tecnologías consideradas como intermedias y que permitan innovaciones desde abajo), hay que transformar las condiciones de su producción social (incluso caminando en sentido “inverso”, al considerar que quizá, en realidad, son las “fuerzas productivas” las que se van ajustando a las relaciones sociales de producción).

Este es otro punto a considerar en los procesos de transformación. El reto es asumir el control sobre las tecnologías y no que estas nos controlen a los seres humanos, como recomendaba Ivan Illich (2015), uno de los autores que está recobrando renovada fuerza en el

³⁵ Aquí cabe rescatar las valiosas reflexiones de Vandana Shiva al respecto en el *Diccionario del desarrollo – Una guía del conocimiento como poder*, editado por Wolfgang Sachs en los años 90 del siglo pasado (Ver edición en el Perú, 1996).

marco de los debates sobre el decrecimiento y en la búsqueda de alternativas profundamente transformadoras.³⁶

Entonces, el prerequisite ineludible consiste en disponer de sistemas para desarrollar y apropiarse de los avances de la ciencia y la tecnología, que se nutran de manera activa y, por cierto, respetuosa de los saberes y conocimientos ancestrales. Hay que recuperar aquellas prácticas que han perdurado hasta ahora, o que pueden ser aprehendidas conociendo su historia. Estos casos son especialmente importantes si se considera que muchas de esas experiencias han sobrevivido centurias de colonización y marginación. En paralelo, resulta recomendable aprender también de aquellas historias trágicas de culturas desaparecidas por diversas razones. Tanto de esas historias fracasadas (incluyendo sus errores, agresiones a la Naturaleza, desigualdad, violencia), así como de los procesos abiertos todavía, es posible obtener elementos para construir soluciones innovadoras para los actuales desafíos sociales y ecológicos. Los conocimientos ancestrales nos brindan innumerables lecciones. Muchos de esos conocimientos son aprovechados y patentados por las empresas transnacionales, especialmente los productos agrícolas medicinales andinos o amazónicos (¡o para producir cosméticos!!!).

De las reflexiones anteriores se concluye que es necesario reducir las diversas formas de dependencia existentes (en los campos de la tecnología, los patrones de consumo, de los métodos de administración, de los sistemas de educación de los valores, normas, expectativas, etc.), para enfrentar los graves problemas acumulados desde la época colonial hasta las actuales repúblicas. Una transformación de la modalidad de acumulación primario-exportadora es indispensable. Para lograrlo, hay que desnudar las condiciones intrínsecas en este tipo de economías dependientes, antes de diseñar una estrategia que permita inclusive aprovechar de manera inteligente los recursos naturales, como parte de una adecuada planificación que permita arribar a un esquema postextractivista.

Existen alternativas para salir del extractivismo. Pero, tengamos claro que la salida no implica “más extractivismo” ni tampoco suspender repentinamente todas las actividades extractivistas. Se precisan estrategias claras y sólidas que prevean las transiciones para superar paulatinamente el extractivismo.

³⁶ Se recomienda revisar los valiosos y tan actuales escritos de Ivan Illich (2015). *Obras reunidas*. México: Fondo de Cultura Económica.

2.2. Europa: crisis y política de austeridad, persistencia del “modo de vida imperial”

A diferencia de América Latina, en Europa, bajo los augurios del capitalismo financiero, se ha dado un amplio proceso de integración política, y se han creado efectos de *lock-in* neoliberales (una manera de institucionalización que es difícil cambiar), que se sienten ahora en la crisis y que, aún antes de esta, han venido asegurando los intereses y lógicas dominantes (Buckel & Fischer-Lescano, 2009). No obstante, todo ello se viene convirtiendo cada vez más en un “constitucionalismo de crisis europeo”, cuyo objetivo principal parecería ser conservar las constelaciones de poder, trasladándolo hacia el capital industrial alemán, los actores de los mercados financieros –también en la (semi-)periferia (Bieling, 2013; Konecny, 2012)–. La respuesta casi incuestionable a la crisis es crecimiento económico. Su supuesta base es la competitividad a cualquier costo, y todo mediante las políticas monetaristas, acompañadas por un desmontaje del “estado de bienestar” socialdemócrata y por una reforma laboral.

La forma político-social es una “revolución pasiva” en el sentido de Gramsci; o sea, cambios bajo el control de las fuerzas dominantes. La justificación de esta revolución de austeridad es que los Estados y los consumidores gastan demasiado, y esto es visto como el problema central.

2.2.1. Crisis múltiple y “desvalorización interna”

Mientras en América Latina existían tasas relativamente altas de crecimiento –cuando los precios de las materias primas eran elevados–, en Europa la crisis se impuso en varias fases, pero no con la misma intensidad en todos los lugares.³⁷ Inicialmente, hubo inseguridad y búsqueda de respuestas político-económicas de inspiración keynesiana... para salvar los bancos y conservar los empleos en los sectores económicamente importantes y bien organizados (p.e. fabricación de autos).

³⁷En el presente trabajo, utilizamos un concepto amplio de “crisis”, comprendiéndola como una “crisis múltiple” (Demirovic et al., 2011; con miras a Europa y América Latina, Peters (2014). Sin embargo, en este subcapítulo, nos concentraremos en las dimensiones económicas y financieras más propiamente dichas que constituyen el centro de los debates y políticas actuales, porque afectan las condiciones y los modos de reproducción de actores que son capaces de articularse políticamente (textos en Atzmüller et al., 2013). Así, bajo una perspectiva económica, y de manera muy general, podemos considerar a las crisis como momentos donde la acumulación capitalista sufre interrupciones temporales.

En países como Alemania y Austria, los intentos fueron exitosos en cuanto a los objetivos políticos que se formularon: mantener los sectores industriales e incrementar la competitividad de sus productos de exportación (Institute of Social Analysis of Rosa Luxemburg Foundation, 2009).

La economía política que inspira la gestión del gobierno alemán ha ampliado su predominio en Europa. Curiosamente –o por esa misma razón– los elementos más complejos de la crisis aún no se manifiestan en ese país, sino que se trasladan a otras regiones. El “merkelismo”, como gestión de crisis, implica que la canciller Angela Merkel se presente como alguien por encima de la sociedad, que fomenta en amplios sectores una actitud pasiva: cuando la sociedad presenta demandas, el gobierno las retoma selectivamente y las minimiza, para así asegurar su poder político; proceso que Sander (2015) denomina “desmovilización asimétrica”.³⁸

Más tarde, se impusieron las políticas de austeridad neoliberales en los países altamente endeudados del sur de Europa. El Gobierno alemán y la Comisión de la Unión Europea se transformaron en sus principales promotores. En este contexto, surgió la llamada “troika”, compuesta por el FMI, el Banco Central Europeo y la propia Comisión de la UE.³⁹

Téngase presente que en los años noventa, se había acordado el Pacto Europeo de Estabilidad y Crecimiento. La introducción del Sistema Monetario Europeo –con el Euro en el centro– hizo imposible para las economías más débiles en el sur del continente aumentar la competitividad (al menos temporal) de sus exportaciones, mediante una devaluación de su moneda. A partir de entonces, la estrategia principal era endeudarse y fomentar una “devaluación interna” (Marterbauer/Oberndorfer, 2014); es decir, disminuir los costos de producción mediante bajos salarios y el desmantelamiento del seguro social.

Recuérdese que los países “más avanzados” del norte de Europa prestaron a manos llenas a los “menos avanzados” (mediterráneos), lo que sirvió para que estos les compraran mercancías en masa. La deuda de los “sureños” aumentó exponencialmente hasta que reventó... y ahora les culpan por su “exorbitante consumo”. Alemania, Austria, Holanda y demás, ganaron por los dos lados: préstamos otorgados a los sureños (cierto que a tasas de interés relativamente bajas... pero ahora, a la hora de cobrar, viene la gran ganancia), y demanda fabulosa de bienes del norte por los del sur (ejemplo de una nueva modalidad de intercambio desigual: Grecia es el caso más patético).

³⁸ De alguna forma, se da también en América Latina cuando se justifica más y más extractivismo argumentando que se requiere recursos para políticas sociales (que influyen clientelaramente en esas sociedades).

³⁹ Bsirske (2012); Stützle (2013); Bieling (2013).

En el marco del mencionado Pacto Europeo de Estabilidad y Crecimiento, en 2011 se decidieron las medidas del “Sixpack” y del “Pacto del Euro” (Konecny, 2012). Estas políticas no llevan a regular ni a reducir o contraer el mercado financiero, sino que conducen a contraer más deudas públicas para salvar a los bancos, a más de bajas salariales y una mayor desregulación de los mercados laborales; es decir, para provocar los efectos deseados en competencia, crecimiento y estabilización. En pocas palabras: mientras la crisis financiera y bancaria se volvió una crisis de endeudamiento de los Estados, estos propiciaron su resolución cargando el peso sobre los sectores asalariados, jubilados y demás segmentos pobres de las sociedades europeas; por supuesto, con impactos mucho más duros en los países del sur de Europa, como Portugal, España y Grecia.

El motivo promotor de la gestión europea para enfrentar la crisis fue garantizar e incluso profundizar la acumulación de capital, con fuertes tendencias a liberalizar mercados, privatizar y desregular. Sin embargo, también para fracciones importantes del capital, especialmente para el capital financiero, la crisis no ha sido superada. En la Unión Europea se observa la estructura centro-periferia también en términos de poder: al centro se le perdonan cosas que no se le perdonan a la periferia, en una “crisis de la deuda” que se conoció bien en América Latina: el caso de Grecia es definitivamente paradigmático.

Ahora bien, existen cambios políticos gubernamentales que han impactado –en algo– a las instituciones políticas europeas y los debates –p.e. en Grecia y Portugal, y a escala local y regional, en España–. No obstante, hasta ahora –si dejamos de lado el Brexit y otras intenciones de separación de la Unión Europea, como la latente en Grecia y España–, no se cuestiona a fondo las constelaciones de poder de la troika ni las restricciones económicas y políticas externas de cualquier alternativa (Schneider, 2016). Precisamente este cuestionamiento a fondo sería la condición previa fundamental para llegar a otras políticas orientadas a enfrentar la crisis, teniendo un horizonte de largo plazo. Esto implica construir una concepción estratégica en la que se inscriban mayores inversiones públicas y en sectores socioecológicos, políticas de redistribución de arriba hacia abajo, frenar la financiarización, introducir nuevas políticas de tiempo de trabajo, y mucho más.

El problema en Europa no es la deuda ni solo el Euro. Los problemas tienen que ver, por un lado, con el libre movimiento del capital, que permite a los actores financieros poderosos actuar en contra de cualquier gobierno de izquierda; por el otro, con la desindustrialización de ciertas regiones y la súper-industrialización de otras, lo que provoca desigualdad y dependencia, así como –relacionado con eso– la incapacidad de superar las restricciones económicas externas, para enfrentar el poder del capital transnacional ligado con

las relaciones de poder nacionales existentes. Además, hasta ahora los sindicatos de los países económicamente fuertes –como Alemania o Austria– prefieren un “corporatismo de competitividad”, a costa de otras regiones y de otros trabajadores.

En este sentido, las discusiones actuales dentro de la izquierda acerca de un “Plan A” –democratizar a la Unión Europea– o un “Plan B” –salir del Euro o, incluso, de la Unión Europea– son insuficientes si no consideran estas restricciones estructurales (Schneider, 2016). Además, con el referéndum en Gran Bretaña por el Brexit, constatamos que este tema está promovido por las fuerzas más conservadoras; aunque no podemos desconocer propuestas de *exit* de algunas izquierdas.

Hasta ahora, en Europa, “estabilidad” significa la estabilización, pero además, profundización de las políticas neoliberales. Si se concreta el Acuerdo Transatlántico para el Comercio y la Inversión (ATCI o TTIP, por sus siglas en inglés), estas pretensiones se consolidarían aún más.

Pese a todo lo mencionado, podemos hablar de una crisis de hegemonía del neoliberalismo, pues este

(...) está perdiendo su capacidad de convencer a amplios sectores de la población. De hecho, los proyectos neoliberales impuestos en el marco de la Unión Europea, el monetarismo de la Unión Económica y Monetaria, la liberalización de los mercados (incluso el de los productos financieros) y la integración periférica de Europa del Este y del Sur han perdido gran parte de su atractivo. (Marterbauer/Oberndorfer, 2014)⁴⁰

Un aspecto es fundamental para la temática que aquí tratamos: aparte de la crisis financiera y económica en un sentido estrecho, en términos más amplios –como ya anotamos antes– podemos perfectamente hablar de una crisis múltiple (Demirovic et al., 2011). En efecto, no solo existe la crisis socioecológica, sino también una crisis persistente de la reproducción (especialmente en cuanto a la división de trabajo entre hombres y mujeres). Y a consecuencia de las tendencias a caer en políticas autoritarias y de debilitar la representación de la población asalariada, también se vive una situación en extremo crítica de la democracia parlamentaria.

Entre otros, esta situación crítica de la representación política se manifiesta en el auge de partidos políticos nacionalistas y de extrema derecha en varios países europeos. Sin

⁴⁰ Véase también Buckel/Fischer-Lescano (2009); Candeias (2011); Sander (2015).

embargo, se debe destacar que, con ocasión de las elecciones europeas en el 2014, “en aquellos países en los que los partidos políticos se empeñan de manera creíble en trabajar por una política económica progresista coherente, el aumento de la extrema derecha fue mínimo” (Marterbauer/Oberndorfer, 2014). En efecto, las elecciones en Grecia, en enero de 2015, confirmaron este fenómeno, aunque luego el gobierno griego se alejó de lo que podría considerarse una política “progresista coherente”. Quedó demostrado que, con el referéndum que se ganó y no se cumplió, lo que cuenta no es la voluntad popular de la periferia sino la de las élites del centro, simbolizadas en el Eurogrupo.

En general, el manejo de la crisis en Europa bloquea las posibilidades de superarla. Las políticas de austeridad no son una forma sólida de manejarla pues, de hecho, se ha generado una especie de “estatismo autoritario de competencia” (Oberndorfer, 2015).⁴¹

Desde mediados de 2015, hay una nueva dimensión en esta compleja y crítica situación europea que domina, desde entonces, todas las discusiones y prácticas políticas y sociales europeas: la llegada de refugiados y desplazados del Oriente Medio y de África. Sabemos que en ese año, 1,3 millones de refugiados pidieron asilo político en países de la Unión Europea (480.000 en Alemania). Casi un millón cruzó el mar Mediterráneo y 850.000 entraron por Grecia. Para nuestro tema de la crisis del capitalismo neoliberal y la búsqueda de alternativas, estos aspectos son importantes.

Después de una ola enorme de solidaridad en muchos países, que forzó a sus gobiernos a mantener una posición muy abierta (la famosa “cultura de bienvenida”), la situación cambió a inicios de 2016. Ya desde antes, la extrema derecha –posicionada en gobiernos como el de Polonia y el de Hungría– trató de aprovecharse de la situación, al crear “un otro” amenazante (los migrantes), para consolidar sus bases. Ahora, esta tendencia xenófoba se fortalece también en países más o menos abiertos, como Alemania, Austria y Suecia. Una de las razones es un miedo generalizado –apalancado también por los resultados de las políticas neoliberales de polarización, desempleo, precarización y recelo a lo nuevo–, cuando se presenta a los refugiados como posible competencia en los mercados laborales o como una carga para las finanzas públicas, viviendas y otras cuestiones, como los servicios sociales. A lo anterior se suman las amenazas “terroristas”, que se las presenta normalmente como un problema exógeno y que encuentra en los migrantes/refugiados sus actores directos.

⁴¹ Etienne Schneider (2016) ve una salida de la crisis actual en la cooperación de posibles gobiernos de izquierda en el sur de Europa (incluyendo Francia y Italia), en contra de la política de austeridad del gobierno alemán, con la perspectiva de una desintegración cooperativa del Euro. Actualmente, esta estrategia no es posible y puede implicar algunas desventajas para las poblaciones de los países. No obstante, esta perspectiva sublima la dicotomía problemática entre una “idea abstracta” de Europa y “volver al Estado nacional”.

El miedo es un elemento que complica el momento de pensar en transformaciones sociales. Ese recelo a lo extraño, como se ha visto a lo largo de la historia, puede ser el origen de renovados conservadurismos o, incluso, fascismos.

Los gobiernos no solo restringen el derecho al asilo político y el acceso a la infraestructura social y la satisfacción de las necesidades básicas, sino que promueven recortes neoliberales en los sistemas sociales (p.e. en Austria se produce un ataque abierto al sistema de pensiones, desde la derecha conservadora neoliberal en coalición con la extrema derecha). Eso va a aumentar aún más la tendencia xenófoba.

En suma, y respecto de nuestro tema, se está perdiendo frente al movimiento de los refugiados una oportunidad histórica para repensar las sociedades europeas y sus modos de producción y vida. No se observan muestras claras de que Europa esté preparada para integrar a personas que debieron abandonarlo todo en sus países, por guerras y herencias coloniales de las cuales también los países europeos son responsables.

Otra dimensión de la crisis –aunque en muchos aspectos no es tan visible en Europa en comparación con otras partes del mundo, por el uso de mecanismos de externalización– es la persistente crisis ecológica. En este campo, existe aquí también una “crisis del manejo de la crisis”; es decir, es obvio que las formas que se introdujeron en la Conferencia sobre Medio Ambiente y Desarrollo, en 1992, no funcionan. La idea, en especial, del Convenio sobre Biodiversidad y sobre Cambio Climático planteaba que los gobiernos desarrollaran un marco en el cual los actores sociales y económicos se orientaran hacia la sustentabilidad. Se esperaba que empresas como consumidores, pero también pueblos indígenas se pusieran en sintonía con los conceptos fundamentales del Convenio sobre Biodiversidad.

Esas aspiraciones se vieron truncadas cuando el crecimiento y las nuevas tecnologías aparecieron como los grandes temas para enfrentar la crisis ecológica. Los acuerdos, como el Protocolo de Kyoto de 1997, con objetivos más concretos para reducir las emisiones de gases de efecto invernadero, no tenían instrumentos de sanción para el caso de no cumplir los acuerdos. Por igual se subestimó las dinámicas e intereses no-sustentables provenientes del modo de vida imperial, que analizaremos más adelante, que desataron las lógicas neoliberales de cosificar y mercantilizar cada vez más a la Naturaleza.

En 1992, no se podía advertir el auge espectacular de los países “emergentes”, que empezó a mediados de los noventa, con sus implicaciones para el uso de recursos naturales, ecosistemas y su capacidad de resiliencia. La falla más grave de esta “gerencia de recursos global” (*global resource management*, Brand & Görg, 2003) fue no intentar transformar el modo de producción y de vida. Al contrario, se espera que mediante su “modernización

ecológica” los problemas se puedan resolver. El capital y las dinámicas capitalistas no son vistos como problema, sino como solución, en tanto motor de cambio.

Como analizaremos en el punto 2.3., en la 21ª Conferencia sobre Cambio Climático (COP 21), en París, al final de 2015, esta posición dominante de mercantilización y cosificación de la Naturaleza se mantuvo vigente.

Vemos, pues, que la crisis efectivamente es múltiple; afecta a las esferas económica, política, social y hasta cultural. Esto no debería sorprendernos. ¿No es acaso la propia expansión *ad infinitum* del capitalismo, la que –incluso vía guerras– ha generado esta crisis civilizatoria? ¿No es el propio capitalismo el causante de sus crisis, y lo será también de su muerte? ¿Y será que su muerte nos lleva a una catástrofe planetaria: al fin de la especie humana?

Desde la perspectiva del decrecimiento, es totalmente pertinente cuestionar la expansión capitalista *ad infinitum*. Pero cabe recalcar que tal perspectiva no es ninguna novedad. Tiene historia, como veremos más adelante, sin pretender agotar la multiplicidad de temas que implicaría este cambio de alcance civilizatorio. En un pasado reciente, surgieron enfoques similares, en particular, en épocas de crisis (Markantonatou, 2013; Schmelzer/Passadakis, 2011). El debate actual surge de una globalización capitalista eminentemente desigual en espacio y tiempo, y de un modo de producción y de vida basado en energías fósiles, industrialización y creciente acaparamiento de tierras. El “debate del decrecimiento” adquiere más importancia desde 2008, cuando esta forma de globalización capitalista desencadena o agudiza una crisis profunda en muchas regiones del mundo.

La situación es tan difícil que puede inclusive haber desplazamientos entre diferentes dimensiones de la crisis; fenómeno que se manifiesta con mayor claridad en el tema del enfoque en el crecimiento sostenido tanto por neoliberales, como por keynesianos, y que prácticamente no se cuestiona. En su exposición en la Conferencia sobre el Decrecimiento, en septiembre del 2014, Haris Konstantatos, de Grecia, presentó tres posibles caminos para Europa:

- 1) el “*business as usual*” o todo como siempre; es decir, una continuación de la política de austeridad;
- 2) el “productivismo progresista”, que sería la variante favorecida por visiones socialdemócratas; y,
- 3) la transformación socioecológica de alcance civilizatorio (Brand & Wissen, 2015; Brand, 2016b).

2.2.2. Estabilización mediante el “modo de vida imperial”

La conservación y expansión global de modos de vida imperiales, es decir el sostenimiento del *status quo*, resulta posible en un momento –como el actual– de estabilización relativa y de consenso pasivo en amplios sectores de la población (Brand & Wissen, 2012).⁴² En realidad, los modos de vida imperiales ya eran parte de la colonización desde el siglo XVI, y también del sistema capitalista mundial del siglo XIX. Pero en aquellas épocas se limitaban a las clases superiores. No alcanzaron un nivel hegemónico, pues no llegaron a determinar la reproducción de la mayoría de la población y de sus prácticas cotidianas. Fue recién a mediados del siglo XX que, mediante los modos de vida imperiales, las constelaciones capitalistas se arraigaron en la vida diaria de las personas en el Norte global: los automóviles, el consumo de carne, los productos industriales, casas unifamiliares, etc. (Altvater, 1993; Mitchell, 2009). Paulatinamente, esos modos de vida también aparecieron en el Sur global, ya no solo entre las élites dominantes. De hecho, el obvio atractivo del modo de vida imperial para las clases medias es también una causa de la hegemonía del neoextractivismo, en tanto se lo justifica para obtener los recursos que permitan financiar dichos estilos de vida imperiales.

El modo de vida del Norte global es “imperial” pues –asegurado por medios políticos, jurídicos y/o violentos, y empujado por los intereses del capital en su acumulación– presupone el acceso ilimitado a recursos naturales, espacio territorial, fuerza laboral y sumideros de contaminación (*pollution sinks*), en otros lugares. Durante mucho tiempo, el desarrollo productivo y del bienestar de las metrópolis se basaba en un orden global de recursos altamente ventajoso para ellas (Altvater, 1993). Ello permitió su surgimiento como potencias, incluso de alcance global.

El inmenso crecimiento económico, accionado por el capitalismo, implicó explotar a gran escala recursos naturales fósiles, como carbón y, más tarde, petróleo, así como generar sumideros de contaminación globales, como los océanos. Lo importante era que en los mercados globales de materias primas minerales y de productos agrarios exista un excedente permanente de recursos naturales baratos. El dominio militar y político de los diversos Estados imperiales de Occidente, así como la competencia entre estos, generaron una

⁴² Utilizamos el concepto en un sentido amplio que incluye, también, la producción y el trabajo asalariado como las formas de reproducción individual y social, mediante trabajos no asalariados y el consumo de bienes y servicios.

constelación de cambiante conflictividad y estabilidad a nivel político mundial. Ello se manifestó también en el conflictivo acceso a recursos naturales baratos (p.e. petróleo).

En el proceso de globalización, el modo de vida imperial se consolidó en dos direcciones. Por un lado, se reestructuró e intensificó la explotación de recursos naturales globales y de la fuerza laboral, a través del mercado mundial. Así las cosas, los patrones de producción y de consumo, basados en energías fósiles, no solo perduraron más allá de la crisis económica de los años setenta, sino que se intensificaron. Al mismo tiempo, como consecuencia de su liberalización, el tráfico aéreo creció dramáticamente. En ese contexto, la globalización aumentó la disponibilidad de productos industriales baratos y expandió la agricultura industrializada. De igual manera, en países, como China, Brasil o India, se forma un amplio estrato medio y alto que copiaba modos de vida “occidentales”.

Ahora bien, al calificar los modos de vida fordista y post-fordista de “imperiales”, no negamos o menospreciamos las poderosas estructuras de violencia abierta o estructural que volvieron a aflorar, especialmente después del 11 de septiembre de 2001. Tampoco se trata de moralizar y reprochar “en abstracto” las costumbres de consumo y modo de vida de los sectores asalariados de las metrópolis capitalistas, y de los estratos medios y altos en los países (semi)periféricos. Las brechas entre Norte y Sur, entre arriba y abajo, entre explotadores y explotados, entre hombres y mujeres, perduran y se reproducen de manera particular en la extracción masiva de recursos. De todas formas, consideramos adecuado el uso del término “modo de vida imperial”, para establecer una relación entre las prácticas de vida cotidianas comúnmente aceptadas, la crisis ecológica, las crecientes brechas sociales y las crecientes tensiones abiertamente imperiales a nivel político internacional, en el marco de una violencia estructural múltiple y cada vez más explosiva.

El concepto del modo de vida imperial requiere precisarse también en otro sentido. Debemos analizar –por ejemplo– qué “proporciones imperiales” tienen las formas de dominación en cuanto a clases, género y etnias, y cuáles son las contradicciones que surgen de estas formas. Asimismo, es importante no restringir la forma de vida imperial al consumo, sino verla más ampliamente, analizando cómo las personas manejan las múltiples contradicciones que marcan su vida. Con el concepto “modo de vida imperial”, de ninguna manera se pretende obviar que, hoy en día, a través de las cadenas de valor agregado y su enfoque en el beneficio económico, el capitalismo prácticamente obliga a las personas a llevar determinados estilos de vida y a aceptar determinados esquemas de producción y distribución de bienes y servicios.

Lo que es necesario señalar es que ahora existen muchas alternativas que buscan romper las exigencias de los modos de vida predominantes en la actualidad. Y, finalmente, es necesario estudiar con mayor detalle la pregunta acerca de si las rupturas que la crisis actual viene generando tal vez son más amplias de lo que hasta ahora suponemos (Brand, 2015a).

Este aspecto es importante para la constelación actual, pues la normalidad del modo de vida imperial actúa como filtro para la percepción y el manejo de la crisis. Por ejemplo, al menos en el Norte global, la crisis ecológica se ve mayoritariamente como un problema medioambiental y no como una crisis social integral. Ello conduce a que en la gestión de la crisis sigan predominando patrones de mercado (p.e. todo lo que conforma la llamada “economía verde”, que abre la puerta al comercio de derechos de emisión en la política climática, para citar apenas un elemento). Las personas que defienden una modernización integral o un *green new deal* o “economía verde”, tampoco cuestionan a fondo esta situación (Lander, 2011; Moreno, 2013; Salleh, 2012; Brand/Lang, 2015).

Así, el discurso reinante en el Norte global reconoce la existencia de una crisis ecológica, pero de una manera que no cuestiona los patrones productivos y de consumo que precisamente la han provocado; al contrario, los conserva y eterniza mediante su modernización ecológica selectiva (Brand & Wissen, 2015).

2.2.3. El desperdicio entre el negocio y la crisis planetaria

Este es un punto que trasciende los espacios del extractivismo en el Sur global y la misma crisis europea. Como resultado del proceso de crecimiento y acumulación del capital, es cada vez más impactante e inocultable la contaminación global, expresada sobre todo por el creciente volumen de todo tipo de desechos y basura.

En el ámbito del extractivismo, los volúmenes de destrucción y contaminación son ya monstruosos. Por ejemplo, para extraer en Chile, en el año 2015, unos 5,8 millones de toneladas de cobre, se sacaron entre 700 y 800 millones de toneladas de residuos y desperdicios (SERNAGEOMIN, 2015), altamente contaminados. Recordemos que se “gana” el cobre mediante procesos químicos. Esta cantidad inimaginable de residuos se deposita en grandes montañas de escombros o enormes estanques de desechos contaminantes, muchos sin “propietario”; o sea, sin responsabilidad para las empresas que pusieron los residuos y cuyo lastre pesa por decenas o cientos de años a los países extractivistas.

Este desperdicio, en términos amplios, presente también en el gasto excesivo o en el subconsumo de mercancías constituye parte del motor del capitalismo. Y aunque puede resultar paradójico, los desechos y la basura son también objetos de acumulación del capital. Las posibilidades de negocio en los procesos de reutilización o reciclaje de materias primas o inclusive en “el minado” de la basura son enormes. Basta ver la multiplicidad de negocios en este ámbito, que en su mayoría poco tienen que ver con el aprovechamiento sostenido de dichos desperdicios. Es más, con mucha frecuencia, estos negocios someten, directa o indirectamente, a seres humanos y a territorios a condiciones de precariedad extrema. Son negocios muchas veces ilegales, que han construido una suerte de economía criminal, tanto por las condiciones salud, como por el uso de la violencia que la ilegalidad impone, por el tráfico de personas, el trabajo infantil, las condiciones de trabajo inhumanas, etc.

El pivote de este proceso –no lo olvidemos– es la presión para asegurar un crecimiento económico incesante, azuzado por las demandas de acumulación sin fin del capital. Un ejemplo a una escala planetaria sobre cómo el desperdicio se convierte en negocio es el que tiene que ver con el procesamiento de combustibles fósiles. No se puede seguir consumiéndolos si no se quiere seguir carbonizando la atmósfera. Sin embargo, en lugar de reducir la producción y el consumo, ha surgido un nuevo negocio alrededor de ese desperdicio: “el mercado de carbono”.⁴³

Para poder continuar con esta reflexión, preguntémonos sobre lo que significa el desperdicio en el mundo en que vivimos. Jürgen Schuldt (2013), en un trabajo notable, nos habla de “la civilización del desperdicio”. Él llama la atención sobre el derroche y el desperdicio de dinero y mercancías en los procesos de producción, consumo y comercio. Es más, nos habla de “sus graves consecuencias económicas, psicológicas, sociopolíticas, culturales, medioambientales y éticas”.

El planeta es visto como un reservorio de bienes materiales inagotable. Ese es uno de los mensajes del extractivismo desbocado. A esta conclusión también se puede llegar desde la lectura crítica de las políticas de marketing y de publicidad masiva y alienante, analizadas por la psicoeconomía, que de manera desembozada alientan el consumismo y su contracara, el desperdicio. Parecería que no hemos entendido que el mundo tiene límites biofísicos que ya están siendo sobrepasados, y que es imposible imaginarnos una sociedad mundial en la que todos sus miembros puedan consumir como las élites del planeta.

⁴³ Sobre este particular se puede consultar el trabajo de Larry Lohman (2012) y de Moreno et al. (2015).

El autor en mención asume que gran parte de esos gastos exagerados y los crecientes desperdicios puede ser evitable. Vivimos una situación indignante, nos dice, en que “en un mundo globalizado, coexisten la abundancia exagerada con la escasez extrema, la riqueza inconmensurable con la pobreza abyecta” (Schuldt, año, p.). Apenas el 1% de la población del planeta posee más riqueza que el 99% restante, según datos de Oxfam (2016). De acuerdo con esta misma fuente, en 2015, apenas 62 personas poseían la misma riqueza que 3.600 millones (la mitad más pobre de la Humanidad). Mientras que la riqueza en manos de las 62 personas más ricas del mundo se ha incrementado en un 44%, en solo cinco años, la riqueza en manos de la mitad más pobre de la población cayó en más de un billón de dólares, un desplome del 41%.

Las tensiones sobre los limitados recursos es un asunto aún más indignante, si vemos cómo funciona la obsolescencia programada de muchos productos y la creciente inutilidad de algunos de ellos, como sucede con los teléfonos “celulares inteligentes”: su vida útil está predeterminada de antemano, para asegurar una creciente velocidad en la circulación de su mercantilización, lo que demanda cada vez más materiales; mientras tanto, las posibilidades de utilización plena de la tecnología disponible en esos aparatos de comunicación resulta una quimera.

El modo de vida consumista y depredador –generalizada en las élites del Norte y del Sur, y que guía el accionar de miles de millones de personas– está poniendo en riesgo el equilibrio ecológico global, y margina cada vez más masas de seres humanos de las (supuestas) ventajas del ansiado progreso. Según la FAO, en un mundo donde la obesidad y el hambre conviven, al año se desperdician más de 1,3 mil millones de toneladas de alimentos perfectamente comestibles, que pueden nutrir tres mil millones de personas: 670 millones en el Norte global y 630 millones en Sur global, incluyendo los países más pobres del planeta. El 70% de los cereales que se negocian en el mundo están determinados por lógicas especulativas. Se produce alimentos para los autos y no para los seres humanos, llámeselos agro o biocombustibles. La orientación hacia la ganancia y la falta de infraestructuras, por malas políticas públicas, ocasiona que en la India un tercio de los alimentos se estropeen antes de llegar al consumidor.

Cada vez se destinan más y más extensiones de tierra para una agricultura fundamentada en los monocultivos, lo que ocasiona la pérdida acelerada de la biodiversidad. Los organismos genéticamente modificados (OGM) y sus paquetes tecnológicos hacen también lo suyo. Toda esta combinación de acciones ha conducido, desde inicios del siglo XX, a la pérdida del 75% de la diversidad genética de las plantas. En la actualidad, de

BORRADOR NO PARA CITAR

conformidad con datos del Ministerio de Agricultura de Alemania, el 30% de las semillas están en peligro de extinción. Mientras el 75% de la alimentación del mundo se asegura con 12 especies de plantas y 5 de animales, solo 3 especies –arroz, maíz y trigo– contribuyen con cerca del 60% de las calorías y proteínas obtenidas por los humanos de las plantas. Apenas el 4% de las 250 mil o 300 mil especies de plantas conocidas son utilizadas por los seres humanos. En Argentina, según Maristella Svampa (Ulrich Brand, 2016c), 22 millones de las 33 millones hectáreas disponibles para la agricultura fueron convertidas en cultivos de soja transgénica. Y en este escenario, cuando el hambre azota a unos mil millones de personas en el mundo, vemos cómo los grandes conglomerados transnacionales de la alimentación, como Monsanto, siguen concentrando su poder a través del control de las semillas.

El agua también es otro patrimonio en riesgo, a más de presentar niveles de una enorme desigualdad en su distribución y de un uso cada vez menos justificable. Jürgen Schuldt (año, p.) es categórico con el desperdicio del agua:

(...) el tristemente conocido uso exagerado del agua, en el que las tuberías o los caños no solo gotean por desperfectos, sino que son reflejo de la actitud de muchas personas que dejan correr el líquido en demasía para regar el jardín y para lavar ropa, utensilios o su propia persona. Es obvio que tiene que perderse necesariamente una cierta parte, aunque hay casos en que se puede volver a utilizar. (...) Se estima que el 85% del agua de uso doméstico termina malgastado en el mundo. En el Perú, mientras el 30% no tiene acceso al agua, el desperdicio sería del 40% (con una norma «permisible» a nivel mundial del 20%), básicamente por falta de mantenimiento de las redes; en donde el colmo es que los que viven en zonas residenciales pagan 3,20 soles por metro cúbico, mientras que en los barrios marginales el costo es de 33 soles (sin garantía alguna de su «potabilidad»).

A lo anterior sumemos otros usos realmente insostenibles e intolerables. El sobreconsumo y desperdicio de agua, en especial, en actividades industriales es gigantesco. A esto debe sumarse el desperdicio por los precarios sistemas de distribución de aguas. Las actividades extractivas –minería, petróleo, monocultivos–, a su vez, son grandes responsables de las formas más perversas de desperdicio sistemático del agua, por la contaminación a gran escala de las aguas de superficie y subterráneas. (A lo que cabría añadir la contaminación masiva del aire y de los suelos.)

Lo que sucede con los alimentos y el agua acontece con las medicinas, la energía, la vestimenta, el papel, productos electrónicos, vehículos, construcciones de todo tipo, ollas...

Toda esta composición de desperdicios es provocada por el sobregasto y por la “capacidad ociosa de consumo”, al decir de Jürgen Schuldt (año, p.).⁴⁴ Así las cosas, siguiendo a este mismo autor,

(...) para poder avizorar un panorama completo de la basura que se vierte en el mundo, puede ser útil tener una idea de los montos de que se trata. En el año 2007, según The Economist (2008a), se generaron 2.120 millones de toneladas de basura a escala mundial (Medina, 2008). Gran parte de ella (alrededor del 26% en 2009) responde a tres países: Estados Unidos, China e India. De ese total de basura, generada en el año 2007, 566 millones corresponden a los países de altos ingresos, 986 millones a países de ingresos medios y 569 millones a los de bajos ingresos. En los países más desarrollados es donde más residuos sólidos por habitante se generan. En términos per cápita, tenemos que la basura que producen las personas de los países de altos ingresos equivale a 1,4 kilos por día; los de medianos ingresos, 800 gramos/día y los de bajos ingresos, 600 gramos/día.

Más allá de que la noción del desperdicio sea, en gran medida, connatural al capitalismo, el concepto de la basura revela la ruptura de las relaciones entre las sociedades humanas y la Naturaleza. Esta ruptura se vuelve un problema mayor con la industrialización y, peor aún, en la actualidad, en la era de la cibernética. Ahora, por ejemplo, los aparatos electrónicos después de muy poco tiempo ya resultan obsoletos:

(...) la basura electrónica contiene metales pesados y sustancias químicas tóxicas persistentes que no se degradan con facilidad en el ambiente entre los cuales podemos identificar plomo, mercurio, berilio y cadmio. Como estos aparatos han sido diseñados utilizando tales sustancias, cuando son desechados, no pueden ser dispuestos o reciclados de un modo ambientalmente seguro.⁴⁵

El problema radica en el imparable proceso de ruptura de los procesos metabólicos. Los combustibles fósiles y toda la organización socioeconómica-política-cultural a su

⁴⁴ Este autor diferencia el subconsumo microeconómico relativo, que se refiere al desperdicio de bienes perecederos: alimentos, bebidas, medicamentos; de la capacidad ociosa de consumo, que trata del desperdicio de bienes duraderos: artefactos electrónicos, maquinaria, ropa, papel. Anota, asimismo, la existencia de un subconsumo microeconómico absoluto, cuando el ser humano no puede acceder a esos bienes por no poseer el poder de compra o porque le está vedado conseguirlos (por la destrucción de su chacra, por ejemplo), lo que provoca pobreza extrema, desnutrición, enfermedades, etc.

⁴⁵ Frers Cristian (2010). “¿Hacia dónde va la basura electrónica?”. Disponible en: http://www.ecoportel.net/Temas-Especiales/Basura-Residuos/hacia_donde_va_la_basura_electronica

alrededor juegan un papel central por la creciente generación de desechos no biodegradables. La acumulación de basura está alterando no solo la química del planeta, sino también sus formas: montañas de basura, islas de basura; de hecho, ahora ya se habla del “Octavo Continente” o “Basural del Pacífico Norte”.⁴⁶

Schuldt (2013) plantea reflexiones para entender sus causas y muchas propuestas urgentes para contribuir a su resolución, que abarcan los ámbitos local, nacional y global; propuestas que no se las explicita aquí, porque superan los objetivos del presente ensayo. Schuldt, en sus trabajos, detalla una larga lista de posibilidades de acción, procurando

(...) encontrar nuevas formas de convivencia humana y con la Naturaleza desde la perspectiva de la dinámica específica de la actual civilización, que no cubre las necesidades axiológicas y existenciales del ser humano, ni potencia sus capacidades y realizaciones, a la vez que irrespeta los Derechos de la Naturaleza, en un planeta cada vez más estrecho, sobreexplotado y contaminado (p.).

2.3. Alcances de la Cumbre de Cambio Climático, COP 21

Sin duda, hoy, la lucha en contra del cambio climático es crucial para mucha gente y muchas regiones afectadas y, al mediano plazo, para gran parte de la población global y para muchas especies; tal vez para toda la vida humana en el planeta. El cambio climático es un efecto directo del capitalismo industrial (y del socialismo realmente existente, que también intentó dominar y explotar a la Naturaleza), que se basa en la combustión de materia prima fósil, como en el modo de vida imperial.

Así, un paso político importante era, en 1992, firmar la Convención Marco de las Naciones Unidas contra el Cambio Climático, que –después de ser ratificada por una cantidad mínima de países– entró en vigor en 1994. Según el Protocolo de Kyoto de 1997, los gobiernos acordaron reducir las emisiones globales, entre 1990 y el período 2008-2012, en 5,2%. Las reducciones –de seis gases de efecto invernadero– debían efectivizarse en los 41 países industrializados, considerando que los países “en vías desarrollo” podían aumentar sus emisiones.

⁴⁶ Gigantesca mancha de basura que flota en el océano Pacífico, cuatro quintas partes de las cuales son de plástico, con una extensión de 700 mil kilómetros cuadrados, casi tres veces el Ecuador.

Lo que interesa es saber si las últimas negociaciones están a la altura de los problemas. Preguntemos cuál es el estado de las resoluciones globales para enfrentar los retos del cambio climático, en especial lo que se avanzó en la COP 21. ¿Qué es lo que se logró en esa cumbre? ¿Cuánto se avanzó? ¿Es justificado el entusiasmo con el que se recibieron sus resultados?, pueden ser algunas de las cuestiones iniciales.

A primera vista es importante lo que se consiguió en París. Hay avances. El Acuerdo de París formula un objetivo potente:

Mantener el aumento de la temperatura media mundial muy por debajo de 2°C con respecto a los niveles preindustriales, y proseguir los esfuerzos para limitar ese aumento de la temperatura a 1,5°C con respecto a los niveles preindustriales, reconociendo que ello reduciría considerablemente los riesgos y los efectos del cambio climático (...) (Artículo 2 del Acuerdo de París).⁴⁷

Los gobiernos acordaron establecer objetivos y medidas individuales: la famosa “contribución determinada a nivel nacional”, que fue previamente anunciada.

No obstante, la suma de las contribuciones por país no fue suficiente para lograr ni los 2°C. Con los compromisos voluntarios de reducción de emisiones de efecto invernadero, que han presentado los diferentes países en París, la temperatura llegó a sobrepasar los 3 grados.

De hecho, y a un nivel más concreto, para alcanzar los 1,5°C en 2011, las emisiones netas de gases invernaderos deben ser reducidas hasta los años 2045 y 2060 a cero (Rogelj et al., 2015); es decir, dejar la gran mayoría de los combustibles fósiles en el subsuelo (ver más adelante).

Además, la atención política global a la reunión de París abrió una puerta muy necesaria al poner en cuestión las políticas dominantes, como el extractivismo o la industrialización a cualquier costo, en países como Alemania o China. París era una oportunidad de cuestionar la orientación general de políticas para superar la crisis económica y financiera: crecimiento, crecimiento, crecimiento.

Pero, ¿eso podría justificar tantas y tan intensas reacciones de alegría e, inclusive, las lágrimas con las que recibieron las conclusiones de dicha cumbre?

Recordemos que los esfuerzos desplegados desde la aprobación del Convenio de Kyoto, en 1997, no han cristalizado las respuestas que demandan los graves problemas

⁴⁷ <http://unfccc.int/resource/docs/2015/cop21/spa/109s.pdf>

ambientales que aquejan a la Humanidad. Más aún, el fracaso de la COP 15, realizada en el año 2009, en Copenhague, sentó un duro precedente. La desazón y desesperanza coparon el ámbito de acción en Naciones Unidas. Y, desde esa perspectiva, cuando era poco lo que se esperaba, emergió como un logro el acuerdo global conseguido en la COP 21 en París, en diciembre del 2015. En esa ciudad, sacudida poco antes por un brutal atentado terrorista, 195 países miembros de la Convención contra el Cambio Climático, más la Unión Europea, a la que se considera un Estado más, alcanzaron un acuerdo contra el calentamiento global que implicaba en la práctica a la totalidad del planeta.

¿Era eso suficiente para estallar en vítores? Sin pretender ser aguafiestas, recomendamos conocer mejor algunos detalles de los acuerdos parisinos, antes de asumirlos con un gran avance político.

Como una primera gran conclusión, podemos señalar que si bien lo logrado es significativo, comparado con los fracasos anteriores, resulta muy poco lo que este reto global demanda. Las “contribuciones” de los países no son suficientes ni existen mecanismos de sanción. Toda la esperanza política –ingenuamente– espera ahora que los gobiernos actúen, que las élites de los países entiendan los problemas y también reaccionen y respeten reglas, para salir del uso de los combustibles fósiles. Se espera que esos ofrecimientos se transformen en compromisos aún más audaces, a través de revisiones cada quinquenio.

Pero, al contrario, el Acuerdo de París genera dudas, por la procedencia de muchos de los aplausos que elogiaron el acuerdo de París. ¿Por qué será que los grandes exportadores de petróleo y muchas empresas transnacionales terminaron aplaudiendo el acuerdo parisino? Si esos actores celebraron el convenio significa que, sin duda, en París no se pusieron límites a la civilización petrolera, una de las mayores causantes de la debacle ambiental. Igual cosa podríamos decir frente a la aceptación de China y Estados Unidos, los mayores responsables por las emisiones de gases de efecto invernadero, que también se hallaban en el coro de aplaudidores. Reconozcamos, eso sí, que estos dos países por fin se pusieron de acuerdo en algunos puntos relativos al clima global. Y, a diferencia del Protocolo de Kyoto, hoy en día todos los países tienen la responsabilidad de tomar medidas.

¿Qué otras limitaciones se advierten en el acuerdo?

Este convenio presenta muchas falencias y debilidades, a más de marginaciones imperdonables. Allí se suprimieron las referencias a los Derechos Humanos y de las poblaciones indígenas. Dichas referencias fueron trasladadas al preámbulo. Tampoco aparecen siquiera nombrados conceptos clave como “combustibles fósiles”, “petróleo” y “carbón”.

Los debates no abordaron a fondo otros puntos sensibles, en tanto los negociadores se esmeraron en evitar los verdaderos problemas. Si eso fue así, menos aún se preocuparon por encontrar soluciones de fondo. Los países poderosos y las grandes corporaciones transnacionales consiguieron que ningún documento o decisión afecte sus intereses y se convierta en un obstáculo en la lógica de acumulación del capital.

El artículo 10 del Acuerdo de París dice: “Para dar una respuesta eficaz y a largo plazo al cambio climático y promover el crecimiento económico y el desarrollo sostenible es indispensable posibilitar, alentar y acelerar la innovación”. No se cuestionó para nada la perversidad del crecimiento ilimitado, cuando ya son evidentes y feroces sus consecuencias socioambientales sobre la Naturaleza, y no se asegura la vigencia de la justicia social. Tampoco se reconoció la deuda climática (mejor hablemos de deuda ecológica), que tienen históricamente los países industrializados con el mundo subdesarrollado. Más aún, las grandes potencias, Estados Unidos y la Unión Europea, no solo desconocieron esa deuda, sino que hicieron todo lo posible para no aceptar sus responsabilidades pasadas y actuales en la desaparición de glaciares, la subida del nivel marino y los eventos climáticos extremos.

Al no haberse adoptado medidas drásticas que limiten y hasta reduzcan la oferta de combustibles fósiles, así como medidas que detengan la deforestación, la temperatura continuará subiendo, contrariamente a lo proclamado en París. De hecho, no hay compromisos vinculantes de reducción de emisiones de gases de efecto invernadero. Como consecuencia, estas emisiones continuarán aumentando.

Adicionalmente, no todo el contenido del Acuerdo contiene el mismo grado de compromisos. Si los países no están obligados a cumplir los acuerdos de reducción de emisiones que presentaron voluntariamente, no habrá sanciones.

El Acuerdo no fija metas claras en lo referente al límite de emisiones. Tampoco establece medidas a adoptar, con el fin de descarbonizar la economía. No hay planteamientos concretos tendientes a combatir los subsidios que alientan el uso de los combustibles fósiles, o para dejar en el subsuelo el 80% de todas las reservas conocidas de dichos combustibles, como recomienda la ciencia e, inclusive, la Agencia Internacional de la Energía, entidad que de ecologista no tiene un pelo.

Si, como ya anotamos, no se cuestiona “la religión” del crecimiento económico, en ningún punto se pone en entredicho el sistema del comercio mundial, que esconde y, además, fomenta una multiplicidad de causas de los graves problemas socioambientales que estamos sufriendo. Tanto es así que “el comercio internacional podrá proseguir sin obstáculos, incluso en un planeta muerto”, al decir del francés Maxime Combes, poco luego de concluida la

cumbre de París, en diciembre del 2015. Sectores altamente contaminantes, como la aviación civil y el transporte marítimo, que acumulan cerca del 10% de las emisiones mundiales, quedan exentos de todo compromiso. Los negociadores no quieren cuestionar el dogma del comercio libre. No se afectan las sacrosantas leyes del mercado financiero internacional que, sobre todo vía especulación, constituyen un motor de aceleración inmisericorde de todos los flujos económicos, más allá de la capacidad de resistencia y de resiliencia de la Tierra. No hay compromisos orientados a facilitar la transferencia de tecnologías, destinadas a facilitar la mitigación y la adaptación a los cambios climáticos, en beneficio de los países empobrecidos.

Para financiar todos estos esfuerzos se establece un fondo de 100.000 millones de dólares anuales a partir de 2020; una cantidad minúscula frente al monto global de los subsidios a los combustibles, que a escala mundial supera los 800.000 millones de dólares. Dicho fondo tendría una cantidad de recursos que, con seguridad, serán menores que los recibidos por los bancos en sus crisis recientes. Sabemos que este fondo, tal como está concebido, carece de previsibilidad y transparencia. Por cierto, el rigor de los compromisos cambia según la situación de los países: desarrollados, emergentes y “en vías de desarrollo”: eufemismo con el que se conoce a los países empobrecidos por el propio sistema capitalista y su inviable propuesta de desarrollo.

Con este tan promocionado Acuerdo, se abren aún más las puertas para impulsar las que se conocen como falsas soluciones en el marco de la “economía verde”, que se sustenta en la continua e incluso amplia mercantilización de la Naturaleza. Así, con el fin de lograr un equilibrio de las emisiones antropogénicas, los países podrán compensar sus emisiones a través de mecanismos de mercado que involucren bosques u océanos; o alentando la geoingeniería, los métodos de captura y almacenaje de carbono, entre otros.

Como colofón, pasará un tiempo para que este Acuerdo entre en vigor: las distintas partes tienen plazo hasta mayo del 2017 para ratificar el Acuerdo, que entraría en vigencia en el año 2020. Una primera revisión de resultados estaría prevista para el 2023.

Si gran parte de los resultados de la COP 21 se inclinan por el lado de las opciones más conservadoras y menos ambiciosas, ¿cuáles son los retos para las fuerzas progresistas en el planeta? Además, debemos entender que si no se cumplieron acuerdos anteriores, qué nos asegura que se cumplirá este. El capitalismo realmente existente solo ve el corto plazo (la siguiente junta de accionistas, las siguientes elecciones).

El ¿qué hacer?, una vez más, exige nuevas y más profundas reflexiones. Pero debe quedar absolutamente claro que no hay una real contradicción entre lo social y lo ecológico.

Entendamos que sin justicia ecológica no hay justicia social, y que sin justicia social no hay justicia ecológica.